
cuarta edición del premio

Amadís de Gaula

organizado por
es.humanidades.literatura

– PROSA –

Y el día de San Jorge, Día del libro, una espesa humareda blanca salió del castillo de Ehulite. Y hallándose en él reunidos todas las damas y caballeros que habían obsequiado a Don Amadís de Gaula con el sinpar regalo de sus obras y su esfuerzo generoso, miraban a los severos jueces -cuyo número había menguado en dos por las malas artes del mago Arcaláus*- así fabló el heraldo, apelando a varios de los presentes:

**Cohen, llamado "el bárbaro", autor de
"Sosteniendo"**

**Haroum al Mutamid, general de Saladino, Comendador de los creyentes,
autor de "La parada de los monstruos"**

**Doña Luz de Selenia, autor de
"Venganza en los tiempos de Osama"**

Por vuestro fino estilo y dominio del arte de las letras, y la habilidad probada en las técnicas del relator, y el interés que despiertan vuestras historias, el jurado ha decidido, por unanimidad, concederos un ACCÉSIT -ex aequo- a cada uno."

Y siguió diciendo:

".. y también por unanimidad, por la habilidad demostrada en decir mucho en pocas palabras, por su poder de sugerencia, por la bella magia de la que ha sabido impregnar el relato -que hace verosímil lo imposible-, y un impecable estilo y ritmo,

adelantaos, el

Caballero de la Espada de Fuego,

y recoged el PRIMER PREMIO que tan justamente ha ganado vuestra obra

"Si mezclás licores, te morís".

Y para que de esto no haya duda, por los poderes que me han sido otorgados, doy fe pública a fecha de hoy, día del libro del año de Nuestro Señor dos mil y dos.

Gracias a todos los que han participado, de un modo u otro, en el certamen. Ya sea con el producto de su imaginación, con donativos de maravedíes y doblones y hasta euros en la cuenta, y de tantos otros modos. Sin vuestra colaboración este certamen, hecho por amor al arte, hubiera sido imposible.

El **IV Concurso Amadís de Gaula** ha terminado... .. ¡que empiece la fiesta!

¡¡Larga vida al Amadís!!

Xavier Faraudo "Lord Byron" Secretario de la Comisión IV Premio "Amadís de Gaula" de Literatura.

TIEMPO DE DESEAR

Por El Marqués de Montesdeoca

-Y ahora damos paso a la información meteorológica de mano de nuestra compañera Silvia Camps. Que pasen una buena noche.

A oscuras, esparrado sobre el sofá. El televisor parpadea sobre un trozo de pizza que parece plastificado y varias latas de cerveza. Joan tiene las manos sudorosas y el pulso agitado. Busca a tientas el mando a distancia por entre los cojines. Cuando lo encuentra, se apresura a subir el volumen. El corte publicitario es breve y no quiere perderse ni un solo detalle del ansiado espacio televisivo. Su corazón late aceleradamente. Ha estado esperando todo el día a que aparezca el rostro sonriente de la joven presentadora. En algún rincón de sus pensamientos, un débil sonsonete insiste en recordarle que su comportamiento no es normal: "¿pero- qué- cojones- se- supone- que- estás- haciendo?". Actúa como un crío enamorado de su maestra. En realidad no es más que un voyeur de medio pelo que se conforma con ver cómo alguien recita mecánicamente cifras, estados de la mar y fenómenos varios ante un cámara.

Consciente de lo irrisorio de la situación, un hombre casado como él encaprichado de la chica del tiempo,

no puede dejar de esbozar una sonrisa nerviosa. Es curioso cómo uno es capaz de sorprenderse a sí mismo abandonándose a los impulsos. Bebe un par de tragos de cerveza caliente por pura inercia mientras se suceden los anuncios de productos que no piensa comprar en la vida; pero es incapaz de apartar la mirada de la pantalla. Un carrusel de rostros juveniles, colores brillantes y músicas pegadizas se amalgaman y se confunden unos con otros. Deja pasar distraídamente la información que quieren que reciba por debajo del trastero de su mente. No debe quedar mucho para que... La sintonía acostumbrada, hojas que caen de los árboles, sol y lluvia sobre la marca de un lubricante para coches. Y aparece ella. Impecable, como siempre, con esa media melena castaña milimétricamente dispuesta sobre sus hombros y un vestido de corte clásico, sobrio tono pastel, que a duras penas puede disimular las curvas de su cuerpo. Como ya es habitual, el brillo coqueto de sus ojos se erige como indiscutible protagonista, esa mirada que le mantiene expectante hasta altas horas de la noche desde hace unos meses. Los ojos de la presentadora son grandes y verdes pero, más allá de su mera apariencia, Joan siente que le

hablan de un viento que es mucho más que las flechas dispuestas sobre el mapa, un viento que habla de la libertad de los cuerpos que se saben en mutuo deseo, de la pasión del primer beso en el cuello... Se ve capaz de evocar rastros del pasado, una época en que sentía sin pensar, cuando ni la rutina ni la cerveza le habían embotado el cerebro. Le resulta irónico ser plenamente consciente de lo que le ocurre pero ,al mismo tiempo, sentirse indefenso, ante esta nueva necesidad que se ha creado. No le cuesta en absoluto sumergirse en una fantasía que ha transformado en hábito, que no le lleva a ninguna parte. Tan solo ha de dejarse llevar por la calidez de la voz de la joven, jugar con el movimiento de sus labios, perfilar el deseo a partir de las ficticias sugerencias de cada gesto. Las paradojas, la asunción de que todo no es más que un juego de sombras, desaparecen cuando uno se ha bebido mas de un litro de soledad, sediento de cariño. Todo cobra un tono esponjoso y ambiguo. ¿Qué más da si hay una pantalla de por medio? Estamos hablando de deseo.

-Para mañana se espera una entrada de viento cálido de origen africano que hará que las temperaturas aumenten notablemente en el sur de Castilla la Mancha, Andalucía, Murcia y Comunidad Valenciana.

Tiene una erección casi dolorosa. El movimiento de la mano de ella señalando las provincias parece trazar una caricia en el aire. El más mínimo detalle afloja las riendas de su imaginación. Tiene unos dedos largos y delgados, unos dedos que podrían

estar ahora mismo acariciando su pene... Las palabras de la presentadora empiezan a enturbiar las fantasías de Joan.

-Esta masa cálida penetrará a partir de esta noche y traerá consigo corrientes húmedas que aumentarán la posibilidad de aparición de tormentas que pueden llegar a ser extremadamente violentas.

No puede evitar sonreír mientras se masturba: los dobles sentidos se suceden sin cesar. Resulta cómico que la terminología meteorológica pueda activar su líbido de esta manera. Los juegos de palabras son tan inocentes como excitantes: penetrar, cálido, humedad... y los labios de ella que no cesan de moverse rítmicamente, al contrario que su mirada, indudablemente clavada en el miembro viril que está siendo agitado frenéticamente. Ha llegado un momento en el que Joan no presta la más mínima atención a lo que se dice en el estudio televisivo. En su mente, Bárbara le susurra al oído promesas de un sexo tan directo como intenso. No aguanta mucho más. La excitación es tal, que llega al orgasmo justo cuando el programa llega a su fin. A estas alturas, ni tan solo mira a la pantalla. Inmerso en su propia fantasía, muerde los pechos de Silvia Camps mientras la empuja con su pelvis contra el mapa de España.

- Eso es todo, que pasen una feliz noche. Les dejamos con el ciclo de la RKO- De nuevo la sintonía de El Tiempo.

Apaga el televisor. Se queda pensativo, con el pene asomando aún por la bragueta abierta. Ha sido una experiencia tan breve como satisfactoria, una paja furibunda, se dice a sí mismo. Una vez que ha acabado, le gusta recrearse en su propio cinismo... furibunda, ¡ja!. ¡Más bien propia de un preadolescente! Mientras se dirige a la cama se pregunta qué opinaría un psicólogo si le dijera que se masturba viendo el Tiempo de la última edición del telenoticias. Seguramente le recetaría un chubasquero, vete tú a saber. La cuestión es que es tarde y mañana tiene que madrugar. La cama esta vacía, pero aún así se limita a ocupar el lado derecho. A los pocos minutos empieza a roncar, como si expulsara su propia complacencia en forma de gruñidos.

No le despierta el sonido de la cerradura, ni los zapatos cayendo

sobre el suelo. Le despierta el hundimiento del colchón cuando ella se acuesta a su lado, su perfume, su respiración agitada.

-Hoy he acabado un poco más pronto, cariño.

Silencio

-¿Joan, estás dormido?. Abrazame anda...

Joan no se mueve en absoluto. Le da la espalda a su mujer. Tiene la mirada fija en la hora que marca el radiodespertador. Es tarde y no está para carantoñas. Ella parece aguardar expectante una reacción, algún indicio de que su marido esté despierto, pero al poco rato deja caer la cabeza sobre la almohada y se deja llevar, tras un profundo suspiro, por una fantasía que cabalga sobre el suave roce de sus dedos. David, el cámara del plató donde trabaja como presentadora del tiempo, le empieza a besar el cuello lentamente...

Escape de Eternia

Por DOÑA CIELO DE LOS ANDES

Hoy cumpla 41 años y por lo tanto también Lucrecia, mi melliza, quien ha entrado hecha una furia a mi cuarto.

-Feliz Cum... -intenté decirle sin éxito porque me vi violentamente interrumpido por uno de sus histéricos chillidos.

-¡Ni si quiera lo intentes Crispín! ¡Mírame! ¡Mírame! ¿Qué ves? -me atacó mi hermana.

-Pues que más voy a ver, te veo a ti tonta. ¿Qué quieres que vea?

-¿Te parece que hoy cumpla 41? ¿Parezco una mujer de 41?

-Pues... no. Pero no podemos hacer nada, ya lo sabes.

-¡Pero algo tenemos que hacer! No soporto ver todos los días en el espejo a la misma mocosa sin tetas, con cachetes de niña y hasta ombligo de niña. No sé como tú puedes vivir tan tranquilo, encerrado en ese cuerpo imberbe. ¡Ni si quiera la voz te ha cambiado! ¿Cómo haces Crispín? Yo ya no puedo -dijo, rompiendo en llanto.

Hacía 30 años nos habíamos mudado a Eternia, la ciudad más alta de la Cordillera, en donde el tiempo no corre y a donde uno entra por voluntad propia pero de forma definitiva, pues uno no puede salir nunca más. Lucrecia y yo teníamos por ese entonces 11 años. Habíamos

tomado la decisión de mudarnos sin medir las consecuencias y a instancias de nuestros padres que vivían terriblemente tristes tras las muertes dolorosas y consecutivas de mamama, papapa y la beba Almita. En Eternia podríamos vivir los cuatro, felices y juntos por siempre, nos dijeron. Chicos como éramos, nos sonó a una excelente idea, no pensamos que el tiempo se detendría para nuestros cuerpos, mas no para nuestras mentes y accedimos. Accedimos a condenarnos.

En Eternia el tiempo no pasaba. Todos los días eran el mismo día. Aún así, los ciudadanos eternos seguían dándole vuelta a las hojas del calendario para mantener una ilusión de realidad, imaginando que las estaciones cambiaban, que los feriados y los cumpleaños llegaban, y así tener algo que festejar.

-Ya no llores Lucrecia. Yo también estoy harto.

-¿Qué estábamos pensando cuando decidimos venir?

-No estábamos pensando. Teníamos sólo 11 años.

-Vámonos de aquí Crispín. Escapemos.

-Eternia no tiene puerta de salida -le recordé.

-Creo que sé como salir -afirmó mi hermana.

-¿Cómo?

-El secreto del tiempo se oculta en el corazón de Eternia, en el Templo, todos saben eso.

-Pero también todos saben que el castigo por ingresar al Templo es el encierro por siempre en la Torre, literalmente por siempre -le dije.

-No me importa arriesgarme. Necesito crecer, necesito vivir en la realidad. ¿Estás conmigo? Si tienes miedo voy yo sola.

-¿Cuándo nos hemos separado tú y yo? Además yo no tengo miedo, lo decía por ti que aunque ya tienes más de 40 sigues siendo una cobarde llorona...

Esa noche, en el centro del Templo, encontramos un salón lleno de relojes de todo tipo: de pared, de pulsera, de cadena, digitales, analógicos, pájaros cucú, de arena, despertadores, todos, todos los tipos de reloj existentes en el mundo. Pero un silencio y una quietud anormales gobernaban el salón. Las manecillas no rotaban, ningún tic-tac se escuchaba, los números digitales amarillos fosforescente no variaban. Todos los relojes estaban fijos en una hora y debajo de cada reloj estaba escrito el nombre de uno de los ciudadanos eternos.

Buscamos nuestros nombres y los descubrimos bajo dos relojes de arena iguales excepto por el color de los granos. El de Lucrecia tenía arena rosada y el mío verde.

Sabíamos que esos relojes tenían que ver con el estado actual de nuestras vidas, así que creyendo que podían ser nuestro pasaporte de

salida, los tomamos y salimos corriendo del Templo.

En la precipitada huída, Lucrecia tropezó y su reloj salió disparado contra el asfalto estallando en millones de pedazos. Ella exhaló un grito terrible y doloroso y cayó desplomada. En la calle, la mancha del polvo rosa desparramado parecía sangre.

Asustado, corrí lo más rápido que pude a casa para buscar la ayuda de mis padres. Al llegar no me reconocieron, me tomaron por un loco, un vagabundo y me echaron sin siquiera escucharme. Yo no entendía y seguí insistiendo.

-¡Sigue tocando la puerta y te tiro un balde de agua fría viejo loco y cochambroso! -gritó mi madre por la ventana y acto seguido cumplió su amenaza.

El agua formó un charco en el piso donde pude ver mi reflejo y comprendí lo que pasaba. En la carrera había samaqueado tanto mi reloj, que había hecho que la arena comenzara a correr. Sólo quedaban tres granos verdes en la parte superior del reloj.

Miré mis manos arrugadas y venosas y me sentí de pronto muy, muy cansado. Comprendí que la única salida de Eternia consistía en hacer que esos últimos granitos pasaran por la cintura del reloj. Sólo así sería libre.

A la mañana siguiente, cuando los ciudadanos eternos encontraron los cadáveres de una niña y un anciano quedaron muy desconcertados. Nadie sabía que hacer, porque en Eternia, la ciudad donde no existía el tiempo, tampoco existían los cementerios.

...Y los sueños, sueños son

Don Laerthes de Lacedemonia

La infancia. Quién pudiese regresar a ella, ¿verdad?. La inocencia, cuando aún no sabemos lo que nos deparará la vida, cuando el mundo es un sitio maravilloso y los demás niños son nuestros compañeros de juegos.

Muchos escritores y directores de cine juegan con la ficción de los viajes en el tiempo, pero dichos viajes son imposibles. La única forma de atravesar la marea del tiempo es usando la imaginación, pues es lo máspreciado que tiene el ser humano.

Puedes ser encerrado en un cuarto pequeño y oscuro, pueden tirar la llave y tratar de olvidarte. Puedes ir todos los días al trabajo siguiendo una odiosa rutina, coger el metro o el autobús, y saludar a tus compañeros de la oficina con los que no te llevas bien. Pero siempre nos quedará la imaginación, aunque muchos digan que es el refugio de los cobardes, donde te escondes para evitar la vida real, para que no te hagan daño.

* * *

Me presentaré para aquellos que no me conozcáis. Mi nombre es Jonás y ésta es mi historia...

Supongo que mi infancia fue bastante parecida a la de cualquier otro niño, juguetes, otros niños,

rabieta, varios sustos de mis padres... aunque mirándolo desde donde estoy hoy creo que fui bastante afortunado. Supongo que podría haber nacido en un país tercermundista, pasar hambre, ser un huérfano viviendo en las calles de Brasil, sufrir abusos familiares, las posibilidades de haber tenido una infancia desgraciada son numerosas, y doy gracias a Dios por haberme permitido vivir mi vida.

Recuerdo los fines de semana de cuando era niño. Íbamos al campo casi cada sábado, a casa de unos amigos. Tenían dos hijos de edades similares a la mía y jugábamos juntos. No sé lo que habrá sido de ellos, hace tiempo que no tengo noticias suyas. El caso es que casi siempre jugábamos a "indios y vaqueros", "policías y ladrones" o algún juego por el estilo, y siempre me tocaba a mí ser el indio o el ladrón. Ahora no le doy importancia, pero entonces aquello me enfurecía, aunque nunca decía nada, me lo guardaba dentro de mí...

Poco a poco comencé a desarrollar un mundo en mi imaginación, en el que yo era un valiente caballero, al menos así tenía la oportunidad de ser de los "buenos". En mi mente siempre había sitio para la gente a la que quería, mi familia, mis amigos... aunque siempre me

reservaba el mejor personaje para mí mismo. Al fin y al cabo seguía siendo un niño.

Imaginé numerosas aventuras, liberando doncellas y matando dragones, luchando contra los malos, convirtiéndome en rey y casándome con la princesa. Otras veces era un vaquero del oeste, o un soldado luchando contra enemigos de una nación imaginaria. Incluso llegué a ser un simple bombero que entraba en edificios en llamas para salvar al gato de una niña...

Pero crecí. Poco a poco fui descubriendo cómo es realmente el mundo. Y no me gustó lo que vi. Hambre, guerra, peste, muerte, los cuatro reunidos en un solo mundo. No podía concebir la idea de que Dios permitiese que tanta maldad y dolor existiera. La televisión emitía imágenes todos los días de guerras en numerosos países, desastres naturales, niños hambrientos y sin hogar, asesinatos, accidentes, disturbios raciales... Y desafortunadamente, la mayoría de dichas escenas eran reales, no meras interpretaciones para series y películas de televisión...

Terminé mis estudios con un par de años de retraso, la vida no me motivaba por aquel entonces, no encontraba ningún motivo por el que mereciese la pena luchar, seguir adelante. Simplemente la rutina me mantenía vivo, una vida gris, sin alicientes, sin saber qué depararía el día siguiente, y sin estar seguro de si quería llegar a saberlo...

Y entonces ocurrió...

* * *

Cuando ves en los periódicos o la televisión noticias sobre terribles accidentes de tráfico, cuando te advierten de que hay que conducir con cuidado, siempre piensas que eso nunca te pasará a ti, que eres una persona responsable, que respeta las leyes de circulación. Pero la verdad es que el accidente puede llegar en cualquier momento, y no tiene por qué ser culpa tuya. Simplemente ocurre, porque está delante de ti, en el camino de tu vida, y no puedes evitarlo a tiempo. No hay ningún motivo racional, y no puedes pedir cuentas a nadie, salvo quizá a Dios, por hacer un mundo tan cruel.

Eso es lo que me ocurrió a mí. Pasó un fin de semana, cuando volvía con unos amigos de pasar dos días en el campo. Era ya tarde, porque habíamos decidido retrasar nuestro regreso para aprovechar al máximo el tiempo. Recuerdo que íbamos cantando, tarareando las melodías de la radio, cuando de repente apareció en medio de la carretera un coche que circulaba hacia nosotros en dirección contraria. Pedro, que era quien conducía no tuvo tiempo de reaccionar, y el conductor del otro coche dudo siquiera que supiese lo que se le venía encima, pues según supimos luego iba bastante borracho. Aunque eso no me sirve de consuelo, ni entonces ni ahora.

Lo siguiente que recuerdo es despertarme en el hospital. No veía nada, pero al tocarme la cara vi que tenía una venda alrededor de los ojos y parte de la cabeza. El dolor era terrible, era como si me estuviesen

martillando la cabeza constantemente, pero lo peor era no poder ver. Los médicos me dijeron que no me preocupase, que todo se solucionaría y me recuperaría pronto, pero en el tono de su voz, oculto por todas esas palabras tranquilizadoras yo descubrí la verdad. Jamás recuperaría la vista.

Luego supe cómo ocurrió el accidente. Cuando golpeamos al otro coche, Pedro se golpeó la cabeza con el volante y se rompió la nariz, fue el más afortunado. Miguel, que era el que iba sentado detrás salió despedido hacia delante, atravesando el parabrisas y muriendo en el acto al caer contra el asfalto. En cuanto a mí, me golpee con la cara contra el parabrisas, y algunos cristales se clavaron en mis ojos y rostro, dejándome ciego e inconsciente.

* * *

Fue a partir de entonces cuando regresé a mi infancia, al menos mentalmente. Desde el accidente había perdido la vista, y era algo que no podía soportar. Oía voces a mi alrededor, pero no podía ver sus rostros. Estaba aislado del mundo, o al menos así lo entendía yo.

Mis amigos intentaban animarme, me llevaban con ellos a dar una vuelta, a pesar de mi reticencia. Fue una época muy dura, me negaba a aceptar lo que me había ocurrido, y me estaba convirtiendo en un ser amargado. Afortunadamente, ese tiempo pasó, y poco a poco fui regresando a la normalidad, mi ceguera aparte.

Pronto comencé a soñar, como hacía de joven, despierto. Imaginaba

que podía ver, que nada de todo esto había ocurrido. Ponía rostros a las voces que oía en el autobús, intentaba reconocer a los actores cuando oía sus voces en la televisión, cuando la estaban viendo mis padres y hermanos, pues yo prefería estar en mi habitación, escuchando música a veces, meditando sobre mi vida generalmente.

Empecé a crear mi mundo imaginario. Ahora ya a nadie le importaba. Antes me decían que era de críos, pero ahora se compadecían de mí y de mi ceguera, y eso me asqueaba.

¿Acaso por el hecho de ser ciego tenía alguna dispensa especial para poder soñar? ¿Es que sólo los ciegos tenían, teníamos, ese privilegio?

Dado que era casi lo único de lo que era capaz, decidí hacer algo al respecto. Me propuse escribir, compartir mi mundo con los demás. O intentarlo al menos...

* * *

Al principio pensé que era una locura, imposible casi. Dada mi incapacidad para ver, no pensaba que podría escribir nada coherente. Siempre he sido hábil usando el teclado del ordenador o de la máquina de escribir, conocía la posición de las letras y los demás caracteres, pero no soy perfecto. No podría leer lo escrito para poder corregirlo luego. Pensé en contratar a alguna persona para que escribiera según le iba dictando, pero luego me acordé del micrófono que tenía conectado al ordenador. Gracias a un programa de software que

conseguí, podía dictarle directamente al PC. Hice varias primeras pruebas, aunque para la corrección seguí necesitando ayuda, pero funcionó bastante bien. Y comencé a escribir.

La verdad es que pensaba que escribir iba a ser más difícil, pero una vez puesto a ello resultó que era bastante sencillo. Simplemente tenía que decir lo que imaginaba y el ordenador se encargaba de convertirlo en palabras escritas.

Los días se sucedían uno tras otro, conmigo frente al micrófono, mientras el mundo imaginario, mi mundo, iba evolucionando, se desarrollaba en mi mente constantemente. Era como ser Dios, o al menos un dios, creando su obra. Algo nuevo, sin mancha ni pecado original. Un mundo donde la bondad reinaba sobre todo, simplemente por el hecho de que la humanidad, ignorante, jamás había probado el fruto prohibido, del árbol de la sabiduría. Un mundo donde el amor, la felicidad, era lo único que conocía la gente, un mundo tan dulce que llegaba a ser empalagoso. Un mundo que, en resumen, no podría existir jamás.

Y en ese mundo podía ver.

Podía ser feliz, amar y ser amado. Cosas que me estaban prohibidas en este mundo. Pues no era más que un ciego, inválido, privado de autonomía por un accidente del cuál no era responsable, pero que para bien o para mal había ocurrido. Imaginé personas, nuevos amigos, gente que no conocía en la realidad, pero que en mi mente no tenían secretos para mí, ni yo para ellos. En mi imaginación..., en mi

imaginación yo era feliz. Pero nadie puede ser feliz para siempre. Llega un momento en el que hay que despertar, aunque duela tanto que desees morir.

Mi despertar fue como volver a nacer.

Regresé al mundo de nuevo, y al igual que la primera vez lo hice en un hospital.

Según los médicos, la operación a la que me iban a someter no daba garantías totales de recuperar la visión. Me dijeron que la medicina progresaba rápidamente, pero que era incapaz de hacer milagros, "al menos todavía" bromearon.

La verdad es que puse muchas esperanzas en esa operación. Si ciego era capaz de escribir lo que imaginaba, ¿qué no sería capaz de hacer una vez recuperada la vista? Estaba dispuesto a afrontar la operación, de todos modos no tenía nada que perder y mucho que ganar.

La operación resultó un éxito. No recuperé la visión totalmente, pero sí en más de un 60%, y podía distinguir los detalles más evidentes de los objetos, aunque me costaba un poco leer el periódico. Sin embargo, con ayuda de unas lentes de contacto y unas gafas casi podía ver como antes del accidente.

Al principio tuve ligeras molestias, irritaciones en los ojos y dolor de cabeza. Pero pronto me acostumbré, y los únicos efectos secundarios de la operación eran los ojos cansados al anochecer, y sólo algunos días, principalmente cuando había estado

viendo la televisión mucho tiempo o leyendo o delante del ordenador.

* * *

La verdad es que me hizo mucha ilusión recuperar la vista, pero duró poco.

De repente, volvía a ver el mundo como realmente era, y no como yo deseaba que fuese. Volvía a ser un mundo gris, sin esperanza. De hecho, ahora me parecía aún más deprimente.

Decidí seguir escribiendo, ahora con más facilidad y rapidez, dado que yo mismo podía corregirme sobre la marcha. Sin embargo, mis historias se volvieron más oscuras. Había perdido algo, y tardé mucho tiempo en descubrir el qué. Había perdido la alegría de vivir, y ni siquiera haber recuperado la visión me animaba. Fue una época terrible de mi vida, que aún hoy intento olvidar, pero no puedo. No puedo olvidarla, porque forma parte de mí, de mis recuerdos, que es al fin y al cabo lo único que nos queda, todo lo demás viene y va, pero nuestros recuerdos permanecen.

Aun así, el que mis historias se volvieran más deprimentes no fue lo peor para mí. Podía pasar sin mis historias, no necesitaba escribir, sino que lo hacía para entretenerme. Lo peor que me ocurrió fue perder mis sueños.

* * *

Ocurrió poco a poco, casi sin darme cuenta. No fue algo rápido, de decir "un día están ahí y al otro ya no", no, no fue ese mi caso. Fue

progresivo. Poco a poco, mi mundo imaginario fue desmoronándose. Empezó a parecerse más y más al mundo real. Primero fue la aparición de la desconfianza entre mis personajes, y la duda. Luego vino el miedo, a uno mismo y a los demás. Mis personajes dejaban de confiar unos en otros, ya no sabían qué hacer y a quién acudir. Se volvieron solitarios, sin esperanza.

Supongo que lo que hacía era reflejar en ellos mis propios temores subconscientemente.

Luego fue su entorno lo que cambió. Ya no era un mundo perfecto, sus colores claros y brillantes se tornaron grises, apagados. La lluvia era predominante en mis sueños, y los vagabundos se refugiaban en cajas de cartón y en los portales de las casas, huyendo del frío. Dejó de ser un mundo agradable para vivir. Ahora era un mundo real.

* * *

Intenté seguir escribiendo, recordar cómo había sido mi mundo. Releí las historias que había escrito, para intentar inspirarme en ellas, pero era imposible. Cada vez que lo intentaba fracasaba. Me daba de bruces contra el muro de la realidad, un muro que no tenía ninguna grieta para atisbar al otro lado. Un mundo gobernado por costumbres y leyes mal hechas. Un mundo que me había vencido, contra el que ninguna persona puede hacer nada individualmente, pues te oprime con el peso de millones de personas

individuales que forman un todo inalterable.

Y lo supe. La humanidad había llegado a su plenitud. "Creced y multiplicaos y dominad la Tierra" había dicho Dios, ¿cierto?. Bueno, pues dondequiera que estuviese tendría que estar contento. Lo habíamos hecho. La Tierra era nuestra, y nuestra arrogancia pretendía dominar también otros planetas, al menos eso es lo que intentan a largo plazo los científicos de las agencias espaciales. Pobres ilusos. Consumiremos la Tierra, la dejaremos convertida en un lugar yermo, contaminado, ¿y luego qué? Si Dios existe, ¿por qué lo hace?, ¿somos su juguete?, supongo que si algún cura lee esto me reprocharía mis dudas, pero soy humano. Qué le vamos a hacer. Uno ya está viejo para andarse con rodeos.

* * *

Dejé la escritura de lado. Había sido un medio útil para comunicarme con el resto de la gente durante un tiempo, pero desde que perdí la capacidad de soñar ya no me servía para nada. Ya no era fácil, y mi vista se cansaba enseguida. Así que decidí retirarme.

Me compré una pequeña casa en el campo, apartada de todo y de todos. La gente me había decepcionado, yo mismo me había decepcionado, y quería estar lejos,

donde tuviese contacto con la menor gente posible.

Lo único que me mantenía en contacto con el mundo era la televisión y mi ordenador. Gracias a ellos podía reírme de la humanidad impunemente, sin rendir cuentas a nadie. Reírme de mí mismo, y llorar.

Deseaba recuperar la inocencia. Una inocencia que la humanidad había perdido cuando Eva mordió la manzana en el Paraíso. Pero es imposible. Nadie es inocente. Estoy seguro de que en este mundo, en alguna parte, hay buenas personas. Tiene que haberlas, si no bien nos valdría morir a todos y dejar el mundo a los animales. Pero no hay inocentes.

Ya es hora de ir terminando mi historia.

Se acerca la hora en que me conecto diariamente a Internet. Mucha gente lo hace hoy en día, ¿qué esperan encontrar ahí? No es más que una red informática, impulsos eléctricos y una infinidad de palabras que se cruzan en ella. Sólo eso, palabras. Intentar algo más es una estupidez.

Espero que soñéis como lo hice yo. Que no perdáis esa capacidad única del ser humano, una de las pocas formas de alcanzar la felicidad que yo conozco. Espero que seáis felices en este triste mundo.

Porque ya lo dijo Calderón de la Barca: "la vida es sueño... y los sueños, sueños son".

* * *

SONIDOS EN LA NOCHE

Por: Don Merlingoitia

Decidió hacerlo porque tenía cara de tonto.

Había pasado la noche entre amigos, tomando copas y charlando. El tema de conversación había girado en gran medida en torno a su persona, a su obra, su inteligencia, los libros que iba a publicar. Había estado tranquilo, empleando con sensatez y economía sus palabras. Se sentía a la vez culpable y satisfecho. Iba camino de abandonar su estatus de persona no importante para asentarse en el grupo de las personas importantes. Estaba haciendo las paces consigo mismo.

Le habían ofrecido una suma cuantiosa por editar su siguiente libro, que era su segundo libro pero él decía "el siguiente" porque sonaba mejor. Casi todas sus deudas con el mundo estaban saldadas.

Tenía cuarenta años, una casa y un perro. Y una oferta de un editor que lo encumbraría definitivamente. Tenía amigos y una moderada cuenta corriente en el banco, había estado en mil y un países y había dirigido una empresa muy prometedora que finalmente había ido a la quiebra. Estaba divorciado. Sin hijos.

Era un hombre que tenía y no tenía.

El perro se lanzó a recibirle en cuanto abrió la puerta. Mambo, pequeño y sumiso, no se lanzó exactamente, sino que se limitó a husmear primero y a saludar con el rabo después. A él no le gustaba Mambo (le parecía un perrito faldero), hubiese preferido un perro más grande y valiente. Pero ella se había empeñado en comprar precisamente "aquel chuchito plomazo". Y no sólo eso, sino que además, como rutina, se lo llevaba a la cama para que durmiera a sus pies, algo que a él sacaba de quicio. Discutieron el asunto, pero ella se salió con la suya, como siempre.

Esquivó las muestras de cariño del perro (quizá como venganza) y avanzó por el pasillo hasta el salón. Miró por la ventana y observó la noche, oscura y silenciosa, al otro lado de los cristales. Le gustaba aquel silencio "lleno de poesía". Abajo, en un pequeño jardín que pertenecía a la comunidad de vecinos, el viento mecía las ramas de los árboles.

Cogió un álbum de fotografías de una estantería y las miró con poco

interés, las veía lejanas en el tiempo y en el ánimo, como si no tuvieran nada que ver con su vida. Al devolver el álbum a la repisa, ojeó los títulos de algunos de sus libros. Rulfo, Hemingway, Chéjov... También había, por supuesto, libros de autores mediocres; se preguntó qué lugar debería ocupar él.

En la televisión pasaban una película de Humphrey Bogart, un actor que siempre llevaba a cuestas una gabardina o una mujer (y en algunas ocasiones ambas), y él admiraba a Bogart porque a le entusiasmaban las gabardinas y las mujeres. Pero tampoco pudo adentrarse en la película. Antes dormía mejor, cuando llegaba a casa destrozado y deprimido tras nueve horas sirviendo copas a "borrachos incultos". Entonces, después de martirizarse durante un par de minutos por su mala suerte, caía en un sueño profundo. Ella fingía estar dormida, precisamente para no tener que escuchar sus quejas de hombre fracasado; odiaba su insatisfacción, quizá, porque ella, otra fracasada, no se quejaba nunca. Pero ahora todo había cambiado para bien.

Aquel insomnio era la mayor prueba de su felicidad.

Fue a la cocina, seguido por el perro (que se debatía entre el pánico a la soledad y el desprecio de su dueño), y se tomó un vaso de leche y un par de galletas. Y una pastilla de multivitaminas que venían muy bien para sobrellevar el duro invierno. Y al

cerrar el frigorífico reparó en aquellas notas.

REGAR LAS PLANTAS DOS VECES EN SEMANA.

COMPRAR ZUMOS Y HUEVOS.

FELICITAR A MAMÁ POR SU CUMPLEAÑOS EL PRÓXIMO DOMINGO.

PAGAR LA FACTURA DE LA LUZ.

De repente se dio cuenta de que estaba harto. Harto de aquel aparato que era tan alto como él. Harto de sus notas, de sus monólogos, de sus advertencias, haz esto haz lo otro, estaba harto de que el frigorífico le recordara lo que debía y no debía hacer. El anterior, más pequeño y amigable, le caía mejor. Pero últimamente no enfriaba mucho y tuvo que prescindir de él. Cogió las notas y las tiró a la basura.

Regresó al salón y apagó las luces, las encendió y las volvió a apagar, y a continuación fue al estudio y se sentó al ordenador. Era nuevo: su primera compra en euros. Después vino el televisor, el equipo de música, la plancha (que no utilizaba nunca), la tostadora (que tampoco utilizaba nunca), el lavaplatos (que utilizó en una ocasión). Se dio cuenta, al separar mentalmente los artículos que había comprado en euros y los que había comprado en pesetas, que todo en esta vida tenía su propia historia y afiliación, su momento. Escribió una frase incompleta, tres palabras exactamente. Miró la pantalla,

aferrado a ella con estupor y dignidad. Y así se quedó una hora, tratando de encontrar la inspiración.

Porque se sentía en paz consigo mismo, casi sin deudas con el mundo, y porque un editor le iba a publicar su último libro, apagó el ordenador sin rencor. Era bueno no encontrar la inspiración de vez en cuando, "flaquear en el camino de la creación dignifica al ser humano, y un escritor ha de ser, ante todo, un ser humano". No era la primera vez que le ocurría. A veces, cuando no encontraba nada que escribir, se limitaba a anotar en un papel los nombres de las mujeres de su vida. Hacía dos listas: en una de ellas, los nombres de las mujeres que se había llevado a la cama, y en otra, aquéllas que lo habían rechazado. Existía una tercera lista no escrita en papel (sólo tres nombres: Sandra, Eva, María) que le acompañaba inconscientemente en cada uno de sus actos.

A continuación fue a la cocina y, una vez en ella, miró los muebles, regresó al salón y encendió y apagó las luces, tal como había hecho poco antes. Miraba con orgullo las dos lámparas colgadas del techo, muy modernas, con cuatro brazos metálicos cada una. En un principio puso tan sólo cuatro bombillas, dos en cada lámpara. Pero como le parecía que el salón estaba oscuro, puso una más: aún así seguía estando oscuro. Cada día añadía otra. Ahora en el salón brillaban las ocho bombillas, pero a él le seguía pareciendo que estaba excesivamente oscuro.

Sin saber por qué (últimamente casi todo lo hacía sin un porqué definido) empezó a recorrer la casa, abriendo y cerrando puertas, como si fuese un agente inmobiliario enseñando el piso a un posible comprador. Si no fuera porque estaba solo hubiese ensalzado el color de las puertas (blancas), lo espacioso de las (tres) habitaciones, las fabulosas vistas (orientadas al oeste), los muebles (de diseño sueco). La vivienda, desde que vivía solo, tenía su marca, su estilo inconfundible de (solitario) hombre libre. De ahí, quizá, ese aspecto tan frío.

Decidió bajar a la calle a tirar la basura y, ya de paso, dar un paseo a Mambo. Fue un breve paseo porque la noche era fresca y tenía ganas de acostarse; además, Mambo no era la compañía glamorosa con quien él hubiese deseado pasear. Al regresar fue a una habitación y cogió el colchón de una de las camas y lo arrastró hasta el salón. Dormía allí, en aquel colchón instalado sobre el suelo, entre el sofá y la mesa de la televisión. Así aprovechaba las energías, sus energías, esparcidas por todo el salón, donde pasaba la mayor parte del día. Sus amigos se reían de su teoría, la palabra "energías" no venía en sus diccionarios vitales.

Sonó el teléfono. Lo descolgó, pero nadie dijo nada al otro lado de la línea. Sólo escuchó una respiración entrecortada. Colgó rápidamente, asustado, incapaz de discernir si aquella respiración entrecortada era la

suya o la de un extraño. Miró a su alrededor y se miró a sí mismo. Y entonces empezó a sonar el despertador. El equipo de música. La radio. Sonaban los árboles del jardín. Sonaban las notas del altivo frigorífico, los libros de la estantería, los pósters de Bettman en el estudio, el álbum de fotos caducadas. Sonaba hasta el último átomo de aquella maldita casa. Pasaba lo mismo cada noche. Y luego, el silencio. Un silencio lleno de poesía. De paz. Y de ruido. Vivía en una casa donde ruido y silencio eran la misma cosa. Cuando el ruido se escondió de nuevo entre las baldosas o detrás de los muebles o en las cajas de las persianas o en las tuberías, se puso el pijama y fue al baño a orinar. Mambo torció el gesto

con ternura, le gustaba mirar a su dueño inmerso en su inevitable cotidianidad, era como un cuadro para él: un cuadro semivivo de colores grises.

Después de subirse la cremallera y tirar de la cadena, decidió lavarse los dientes. Y justo en ese momento, al mirarse casualmente en el espejo cuando se disponía a untar el dentífrico en el cepillo, se dio cuenta de que tenía cara de tonto. Tiró el cepillo al lavabo, bajó la cabeza para contemplar a su compañero, hecho un ovillo junto a la entrada del baño, lo cogió con falso desdén y se lo llevó al colchón del oscuro salón para que durmiese a sus pies.

PAREDES VERDES

Por: Don Merlingoitia

A primera hora de la mañana bajó al bar y pidió un café con leche y un par de magdalenas. Le costó trabajo comerse la segunda. Últimamente tenía poco apetito. Después del desayuno, regresó a casa. Su amigo le estaba esperando en el portal. Le había prometido pintar las paredes del salón. Su amigo tenía barba y siempre vestía de negro. Excepto aquel día, que llevaba un mono azul de trabajo.

-Todo un profesional -dijo sonriendo. Su amigo, cargado con los utensilios necesarios para la ocasión (una escalera, un rodillo, un par de botes de pintura y un juego de brochas para los remates), sonrió también.

No tardaron mucho en poner manos a la obra. En verdad fue su amigo quien puso manos a la obra, él tan sólo se plantó frente a él, estático como un jefe circunspecto que controla la labor de sus subordinados.

Hablaban sosegadamente. Sus temas: los viajes, el cine, la literatura; los de su amigo: la caza, su suegra, las averías del coche. Dos mundos paralelos, dos mundos unidos desde la distancia.

Su amigo, mientras pasaba el rodillo arriba y abajo, preguntó:

-¿Duermes aquí?

Cada noche dormía en el salón (todavía sin muebles), en el suelo, encima de una colchoneta, arropado con una vieja manta. Prefería hacerlo allí a pesar de que en una de las habitaciones había una cama en buenas condiciones, cortesía de los antiguos propietarios.

Se limitó a asentir con la cabeza.

-Es un buen piso -dijo-. Y las vistas son espléndidas. Oye, ¿no crees que algunas zonas están más oscuras que otras?

-Tranquilo -sonrió el amigo-, hay que esperar que se seque la pared. Luego le doy otra mano -resopló.

-De acuerdo.

Sonó el timbre. Fue a abrir la puerta. Al poco regresó con una carta. Del banco, dijo. Una carta del banco no es una carta.

Su amigo continuaba pintando. Ahora callado. Tenía ganas de acabar.

-¿Quieres una cerveza? -preguntó.

-No, mejor luego, aún falta mucho por pintar.

Se fue a una de las habitaciones, a la que consideraba su estudio, la más pequeña de las tres, donde había instalado un viejo ordenador y un teléfono. El ordenador y el teléfono fueron las dos primeras cosas que se llevó a su nueva casa. El número de teléfono era el mismo de siempre, tan sólo había tenido que trasladar la línea telefónica. Llevaba una semana viviendo en él y aún no había llamado nadie. Él tampoco había llamado a nadie, exceptuando al servicio de butano.

Todavía no había comprado los muebles. Eran tantas las cosas que faltaban por hacer. Siguió durante unos minutos en la habitación, sin saber verdaderamente qué hacía allí. Encendió el ordenador, y en un nuevo fichero de texto escribió varias frases: Estamos pintando el piso.

Los ladridos del perro del vecino no me dejan dormir.

Una vieja manta.

Sin apagar el ordenador, regresó al salón. Se plantó en medio, mirando hacia arriba, con los brazos en jarras. Su amigo daba los últimos retoques en las zonas superiores de la pared.

Fue a la cocina, y ya que estaba allí cogió dos cervezas del frigorífico.

Le ofreció una a su amigo, que bebió de un trago, a pesar de que "faltaba mucho por pintar".

-Hay un perro que no me deja dormir -dijo-. No sé qué voy a hacer con él.

-¿Es grande? -preguntó el amigo.

-No. Es más bien pequeño. Puedo verlo desde una de las habitaciones. Está siempre en el patio, inquieto, ladrando sin cesar el condenado.

-Tendrás que hacer algo.

-Sí. Hablaré con los dueños.

Después la conversación se agilizó. Hablaron sobre todo de grifos, puertas, lavabos, cocinas. Seguramente al cabo de un año, una vez asentado en esta nueva vivienda, dejarían de interesarle estos temas. Nunca le interesaron demasiado los trabajos manuales.

El amigo repasó las paredes. Primero con la mirada; después con el rodillo o con una brocha. Las había pintado de color verde agua.

-Volveré dentro de unos días -sentenció-. Y les daré otra mano de pintura.

Parecía un médico en su consulta, atendiendo a un paciente.

Se fueron a comer.

Durante la comida charlaron pausadamente. Bebieron vino entre ración y ración. De postre tomaron café.

Luego acompañó a su amigo al hospital (un familiar de éste había sido ingresado un par de días antes). Pero una vez allí prefirió no entrar. Regresó a casa y se sentó en una silla. La única que había, sin contar la del estudio. Cruzó las piernas y miró las paredes. En esa postura estuvo unos minutos. Al rato fue por un bolígrafo y una hoja de papel y volvió a sentarse. Echó sus cuentas. Amueblar el piso le iba a costar un ojo de la cara.

El despertador interrumpió sus operaciones aritméticas. ¿Por qué sonaba? No recordaba haberlo programado. Eran las cinco de la tarde. Decidió no apagarlo.

Otro sonido se sumó al del despertador: el del portero automático. Tampoco atendió la llamada.

Al rato fue a su estudio y se sentó nuevamente para escribir. Sin ganas. Casi nunca tenía ganas de escribir. No sabía por qué escribía. Tampoco sabía por qué había decidido pintar de verde las paredes del salón. El perro del vecino, que no había ladrado en todo el día, se hizo notar en ese instante.

Se asomó a la ventana. Aunque escuchaba sus ladridos, más fuertes que nunca, no conseguía verlo.

Bajó a la calle. Preguntó en el quiosco que estaba junto a su portal, un pequeño quiosco donde vendían palomitas, refrescos y golosinas. La señora que lo atendía le informó. "Se llama Petra", dijo. "Es una buena mujer", añadió.

-Sí, lo será. Pero su perro no me deja dormir.

Entonces preguntó cuál era exactamente la casa de Petra. La dueña del quiosco le sacó de dudas. Le explicó dónde estaba la casa, una casa antigua a la vuelta de la esquina, dando a otra calle, pegada a un ala del edificio en el que vivía él.

Dio las gracias a la mujer, se asomó para ver la fachada y regresó a su casa. Vivía en el primer piso. Nueve escaleras.

Durante otra media hora siguió trabajando en su novela. Apenas pudo escribir tres o cuatro párrafos.

El perro seguía ladrando. Le ganaba en constancia.

No podía aguantar más. Bajó de nuevo a la calle.

Abrió la puerta una chica joven, de unos veinte años. No era guapa. Apenas se cuidaba. Tenía el pelo sucio y llevaba puesto un pijama de mujer mayor.

-Hola -dijo él.

Ella le miró sin responder. Los ladridos del perro resonaban en el interior de la casa. Él pensó que para ser un perro tan pequeño tenía una voz muy grave.

-El perro -dijo-. No para de ladrar.

Ella siguió mirándole. Como respuesta, se limitó a sonreír.

Se escuchó entonces la voz de una mujer.

-¿Quién es?

Será Petra, pensó él. La chica no respondió a la pregunta. Seguía sonriendo. No era una sonrisa atractiva.

-¿Puedo pasar? -preguntó él. Y antes de obtener respuesta se coló en la vivienda y dio unos pasos hasta el comedor. "Comedor" y "salón" son dos palabras distintas. La mujer, Petra, se acercaba en ese momento. Él estaba absorto, mirando a su alrededor. La estancia era amplia y muy vieja, poco acogedora, con muebles que tendrían cincuenta años al menos. Le pareció una estampa de posguerra. El tiempo no había pasado para sus inquilinos.

Iba a decir algo cuando entró el perro. Ladrando, por supuesto, rodeando y olisqueando al forastero.

La mujer dio una voz:

-¡Tobi!

Así que era Tobi. Siempre los mismos nombres. Tobi al perro. Chispa a la perra. Amor al sexo.

La chica seguía mirándole, absorta, como si nunca hubiese visto un ser humano. Ahora se dirigió a la mujer, y contó (una vez más) que por culpa de Tobi no podía dormir ni trabajar. Lo dijo con esas palabras, mencionando el nombre del perro como si lo conociese de toda la vida. Éste seguía ladrando. La chica dejó de mirarle para reñir al perro. Sin éxito.

La mujer empezó a excusarse.

-Son los gatos. Se suben al tejado, y él les ladra. Pero estos gatos no se intimidan fácilmente. Antes tenía otro perro más grande, un perro de las nieves. Era otra cosa. A éste no le respetan. Y por eso no deja de ladrar.

El ciclo se repitió. Los ladridos de Tobi. Las recriminaciones de la chica. Las excusas. Su mirada en derredor.

Expuso sus quejas nuevamente, sin añadir nada. Creyó necesario hacerlo. Quejarse. No añadir nada.

Al fin la mujer se comprometió a guardar a Tobi en el interior de la casa cada noche; así evitaría que ladrase.

-Está bien -dijo.

Antes de volver a casa entró en la única cafetería que había en toda la

calle y pidió otro café. Sin magdalenas. Se paró a pensar si habría telefonado alguien mientras estaba resolviendo el problema del perro.

Un rato después estaba frente al ordenador. Se puso a escribir, al margen de la novela. Ni siquiera recordaba estar trabajando en una novela. Eran frases sueltas, más frases que se agregaban a las que había escrito por la mañana mientras su amigo pintaba las paredes.

Tobi y su familia viven en una casa vieja.

No creo que me alcance el dinero para amueblar toda la vivienda.

No ha llamado nadie.

Apartó las manos del teclado. Se recostó en la silla y estiró los brazos. En la calle empezaba a levantarse una fuerte ventisca. El tendedero, que se veía desde la ventana del estudio, se agitaba produciendo un sonido perturbador. No era el único sonido que podía captar: Tobi seguía ladrando.

Sin darse cuenta, se quedó dormido. Cuando despertó, como no tenía reloj, no supo calcular cuánto tiempo había estado dormido.

Se levantó cansado, fue al salón y cerró las ventanas. La puerta de la calle, quizá porque tenía un poco de holgura, emitía un molesto crujido. Entonces recordó lo agradable que le había parecido el piso la primera vez

que lo vio, cuando aún no era suyo. Aún le seguía pareciendo agradable, sin embargo, eran muchos los pequeños detalles que le irritaban. La convivencia siempre es difícil.

Era de noche. La luna proyectaba una estrecha banda de luz en el salón. Se tumbó en el suelo, boca arriba, las manos bajo la nuca, y dijo en voz baja: "Luna". Se sintió bien, como si hubiese llevado a cabo una misión difícil.

El salón tenía dos ventanas, una de ellas más grande que la otra. A través de la más pequeña, miró las estrellas. Le entretenía contarlas. Cuando iba por la número diecisiete, sonó el teléfono.

Alguien se ha equivocado, pensó con cruel ironía. Corrió hacia él y lo descolgó. Una voz que pudo disimular cierto nerviosismo dijo: "Soy yo".

El calló. Luego se limitó a preguntar qué hora era.

-¿Te molesta que te haya llamado?
-preguntó ella.

-Sí -mintió él.

Ella sabía que mentía. Mentir era su juego preferido. El juego preferido de los dos. Habían jugado a mentirse durante años.

-Deberías ver esto -dijo él, y sonrió sin saber por qué-. Mi nuevo piso -dijo orgulloso.

-¿Cómo es? -preguntó ella.

-Mejor que lo veas con tus propios ojos.

Y ella, para que no decayera el juego, dijo:

-Sí. Iré.

-Te gustará el salón.

-¿Qué tiene de especial?

-Las paredes, supongo. Son de color verde.

Ella se rió. Con ganas. Sólo él podría tener la ocurrencia de pintar de verde las paredes del salón. Y luego se puso a imaginar el resto del piso. Más que el piso en sí, imaginaba el estilo que él impondría en "su territorio". Ella siempre le tuvo por loco. Un concepto que a él ya no le molestaba.

Él quiso preguntarle qué tal le iba. Dónde vivía. Si había mejorado en cuestiones laborales. Cosas. No lo hizo. Se sentía un poco aturdido con aquel teléfono (nuevo y viejo) entre sus manos. Ya tendría tiempo de acostumbrarse a él. Además, le daba miedo que ella, a su vez, le hiciese sus preguntas. A qué se dedicaba ahora. Si salía con alguien. Si la echaba de menos.

-¿Vas a venir? -quería que le mintiese de nuevo. Las mentiras, en ese instante, era una forma de salvar el

pasado. De salvarse a sí mismo. Salvar lo insalvable.

Ella dijo que sí. Y él supo que ella mentía. Aún así, aclaró:

-Ésta es la mejor hora: Tobi no molesta.

Ella iba a preguntar quién era Tobi cuando la operadora anunció el inminente fin de la llamada telefónica.

-Se acaban las monedas -dijo ella-. Te llamaré..., ¿vale?

Una frase digna, sin adverbios de tiempo.

-Sí. Llama -Un imperativo que no es un imperativo.

Escuchó un clic definitivo y a continuación colgó el teléfono.

Respiró profundamente. Miró por la ventana. El viento parecía remitir poco a poco. El tenderete apenas se agitaba ya. Ahora que la casa estaba en silencio, pensó que era un buen momento para seguir montando andamios en su novela. Montar andamios no es una metáfora, es una necesidad. Pero no lo hizo. Estaba muy cansado; había sido un día intenso. No obstante, fue al estudio y se inclinó sobre el ordenador para escribir la última frase de la jornada, después de No ha llamado nadie. Escribió Luna, y se alegró de no tener que escribir más.

LUNA. Tan sólo cuatro letras en el firmamento. Dos menos que HOMBRE.

Regresó al salón, se tumbó en el suelo y contempló las estrellas, que no

contó en esta ocasión. Era una noche hermosa. Calculó que con un poco de suerte sus escasos ahorros le permitirían amueblar el resto de la casa.

Venganza en Tiempos de Osama

Por DOÑA LUZ DE SELENIA

I. Control Mental

Hace tiempo tomé el curso de Control Mental Método Silva, el cual fue un boom entre los muchos programas psico-motivacionales que invadieron la década de los ochenta. La idea tras el Método Silva es desarrollar las facultades mentales de los participantes para lograr relajación, mayor concentración, estimular la imaginación, aliviar el stress y mantener un perfecto estado de salud. Aplicando el Método Silva uno puede vivir siempre sano, sin si quiera padecer un común resfriado. Yendo más allá, con una adecuada capacitación mental y mucha concentración, uno podía aliviar de enfermedades a terceros. Cuestión de fe, pensaba yo por entonces.

Para reforzar esta idea, el Maestro (así se hacía llamar el sereno profesor de apropiados rasgos orientales) nos contaba casos de la vida real en donde seres humanos comunes y silvestres habían logrado vencer enfermedades terminales, sólo con el poder de sus mentes. Para el Maestro, el origen del 99.9% de las enfermedades estaba en la mente y por ende la solución también se hallaba allí. Todo, incluso el cáncer, decía, es psicosomático.

Yo tenía muchas dudas al respecto. Me preguntaba como era posible entonces, que tantos niños recién nacidos, sin conciencia de su propia existencia y de su mente podían enfermarse. Lancé mi preocupación en voz alta y no creo que mi participación le gustara mucho al Maestro, pero se mantuvo impasible, como siempre, y nos contó la historia de un antiguo pupilo suyo.

Resumiendo, se trataba de un niño de cinco años con leucemia, a quien los doctores ya no querían hacer más tratamientos por estar la enfermedad demasiado avanzada. Los padres, quienes son los últimos en perder las esperanzas, decidieron darle una oportunidad a la medicina alternativa y entre las opciones sobre las que se informaron estaba el Método Silva de Control Mental, que como ya dije, era lo que estaba de moda en los ochenta. Los padres se pusieron en contacto con el Maestro y éste entrenó al niño en el arte de controlar su mente y así poder ordenar y limpiar su cuerpo. Para que el niño pudiera entender los conceptos Silva, el Maestro diseñó un curso especial, pero igualmente efectivo. Le pidió a la criatura que

visualizara su cuerpo por dentro e imaginara que el cáncer que lo invadía eran pequeñas hamburguesas y que una jauría de perros hambrientos venía y las devoraba. Estas sesiones de visualización se llevaron a cabo durante media hora todos los días durante un mes. A los treinta días, el cáncer del niño había desaparecido sin explicación médica lógica. Los análisis arrojaban los resultados de un niño perfectamente sano.

Mientras el Maestro contaba la historia, no pude evitar pensar en que era lo que pasaba en esa proyección mental infantil con los perros después de que se tragaban las hamburguesas. ¿Se quedaban vagando feroces y hambrientos por el cuerpo del chico? Quiero creer que esa historia es cierta, que el niño sobrevivió y que hoy es un joven saludable. Pero de ser así, estoy segura que es un inflexible vegetariano. Como para no dejar dudas acerca de su tesis sobre el origen mental de las enfermedades el Maestro nos presentó un caso de la vida real, en vivo y en directo: una compañera del taller que se hallaba tomando el curso por segunda vez, para reforzar sus facultades. Ella nos contó que hacía medio año le habían encontrado un tumor maligno del tamaño de una naranja en uno de los senos, es decir, bastante grande y difícil de operar. Decidió tomar el curso de Control Mental y el resultado fue que su tumor tenía ahora el tamaño de un limón. Ella confiaba en que después de este segundo curso su tumor desaparecería por completo.

Habiendo demostrado contundentemente el poder de la mente con estos dos casos, el Maestro se ahorró tener que escuchar cualquier otro comentario blasfemo como el mío, durante el resto del curso.

Aunque no me convencieron del todo, ambas historias me impresionaron, tanto, que hasta hoy las recuerdo y cada vez que sé de alguien que tiene cáncer, no puedo evitar imaginarme sus tumores en forma de naranja o limón, lo cual me ha fregado un poco el sabor de mis desayunos continentales.

A pesar de mi poca fe, seguí aplicadamente el curso, me terminé graduando y recibiendo un diploma que pasó a aumentar la colección de certificados que ya tenía.

2. El Hombre Importante

No es mi intención escribir una telenovela, que es lo que tendría que hacer para describir correctamente la historia de amor y desamor que tuve con este Hombre. Me limitaré a contar los puntos más importantes.

Nos conocimos en la universidad, ambos estudiábamos periodismo, nos enamoramos, nos graduamos, comenzamos a ejercer nuestras carreras en distintos medios, yo en prensa escrita, él en televisión, nos mudamos juntos, éramos felices. Él se fue haciendo muy conocido, cada día tenía más trabajo, cada día tenía menos tiempo para mí, poco a poco

nos dejamos de ver. En realidad, él me dejó de ver, yo lo veía todo el tiempo por televisión. Y lo vi cambiar, dejó de ser el periodista apasionado por descubrir la verdad que yo había conocido en la facultad y se convirtió en un Hombre Importante, de esos que todo el tiempo están en poses para poder salir en las fotos de la sección sociales de las revistas. Dejó de hacer investigaciones serias para dedicarse a hacer programitas pseudo-periodísticos en donde entrevistaba a vedettes y cantantes chicheros de moda. El poco tiempo que pasábamos juntos peleábamos. Yo era infeliz. Al parecer, yo ya no estaba a su altura, era sólo una plebeya de los medios. Harta, lo abandoné y él no protestó en lo absoluto. Me sentí traicionada, porque él había sido mi mejor amigo y el gran amor de mi vida, ahora ya no podía reconocerlo. Yo no le importaba. No lo perdonaría.

3. Ántrax Psicosomático

Que la venganza es dulce y que es un plato que se debe comer frío, son dos dichos populares con los que estoy muy de acuerdo. Así que esperé mi oportunidad de venganza pacientemente, quería causarle si quiera la mitad de pena que él me había causado.

Pasaron los años, el Hombre Importante vivía ahora en Atlanta, gracias a una buena jugada profesional trabajaba ahora en la cadena CNN Internacional. Me imagino que su trabajo era bueno, nunca he negado que fuera un buen periodista. Y digo

me imagino porque yo no veía CNN, canal que incluso borré de la programación de mi televisor, ya que la presencia del Hombre Importante en el mundo aún me dolía.

Pero el 11 de septiembre del 2001 llegó y todos, absolutamente todos los canales (incluidos los canales de dibujos animados) se colgaron de la señal de CNN. Como cualquiera, más aún siendo periodista, me vi obligada a ver una y otra vez las impactantes imágenes de las Torres Gemelas de Nueva York derrumbándose y escuchar la voz en off del Hombre Importante narrando los hechos. Por tener que escuchar la voz de mi fantasma oí a Bin Laden, tanto o más, que si hubiera tenido a un hijo trabajando en el World Trade Center.

Tras el atentado terrorista el mundo comenzó a pensar en la posibilidad de una guerra biológica. De esto hablaban todos los medios, todo el tiempo, así que lógicamente no tardaron a salir a la luz los primeros casos de gente infectada con ántrax. Todos estos casos tenían un patrón: las víctimas eran personas relacionadas al mundo mediático de EE.UU. a quienes les llegaba el polvo de ántrax encaletado en su correspondencia normal.

Yo pensaba que tal vez Osama o uno de sus locos me podría hacer el favor de mandarle unas cuantas esporitas de ántrax al Hombre Importante, quien debido a su importancia en el mundo periodístico,

era obviamente un blanco digno de dicho regalito. Pero yo nunca he tenido tanta suerte y además para que las cosas salgan bien, debe hacerlas una misma.

Transacciones de ida y venida, finalmente logré que un correcto sobre postal partiera desde el Medio Oriente rumbo a Atlanta. El contenido del paquete: unas cuantas fotos (típica comisión del reportero gráfico de guerra) y una inofensiva (pero visible) cantidad de harina.

Una venganza un poco tonta, pues sólo mortificaría al Hombre Importante el poco tiempo que los efectivos laboratorios gringos se demoraran en confirmar que el polvito blanco sólo servía para hacer pan. Incluso hasta le estaba haciendo un favor, dándole la publicidad y atención que tanto le gustaba.

Dos semanas después pude enterarme de los resultados de mi venganza. El Hombre Importante había muerto de ántrax. Pude reconocer en las imágenes televisivas el sobre postal enharinado que yo había mandado y sabía positivamente que no había forma de que contuviera ántrax, ni si quiera por el famoso poder mental, él cual no servía para transformar las cosas.

Puedo imaginar la escena. El Hombre Importante recibiendo material gráfico del conflicto bélico. El Hombre Importante rasgando el sobre. El Hombre Importante viendo flotar ante sus narices una nubecilla de

polvo blanco. El Hombre Importante dando la voz de alarma. El Hombre Importante siendo transportado a la clínica más cercana. El Hombre Importante desarrollando rápidamente la enfermedad de moda. El Hombre Importante diciendo sus últimas palabras. El Hombre Importante completamente infectado por un ántrax psicosomático de la peor gravedad, ante el cual, obviamente, los medicamentos no tuvieron el menor efecto. El Hombre Importante muriendo en su gloria profesional por haber sido víctima de una conspiración mundial... El Hombre Importante muriendo patéticamente por un poco de harina... Muriendo por haberme traicionado.

¿Quién hubiera pensado que el negro panorama mundial iba a contribuir tan bien a la causa de una venganza de amor no correspondido? ¿Quién hubiera creído que el Maestro tenía razón con su tesis de que las enfermedades tienen un solo origen: la mente? Solamente habría que agregar a su tesis la idea de elementos potenciadores, como el efecto Osama, que podían hacer más fuerte y veloz el descontrol mental.

¿Me siento culpable? Para nada. Culpemos en todo caso al poder mental o a los medios de comunicación que exacerban a diario el miedo de las personas a un enemigo microscópico disparado por sospechosos barbudos del Medio Oriente.

Tras mi venganza ya puedo ver tranquilamente CNN y hasta estoy evaluando una oferta laboral de dicha cadena. Después de todo, ahora tienen una plaza vacante por llenar. Lástima que el Hombre Importante no llevara el curso de Control Mental conmigo. Pero él pensaba que todos esos "cursos cursis" en los que me inscribía

eran una sacadera de plata y una pérdida de tiempo. La realidad probó lo contrario. Tal vez vuelva a tomar el curso para refrescar conceptos...

"El ántrax cobra su primera víctima psicológica en Atlanta; triste y estúpida muerte conmociona al mundo; reportando para CNN, YO".

Sosteniendo

por Cohen el Bárbaro

Tengo la impresión que desde hace un año, la niebla de Barcelona es física y huele a humo. Se pega a la ropa, introduciéndose en las fosas nasales como un perfume barato y familiar. Cuando hay niebla respiro su ausencia y escucho Mondo Bizarro.

En el Rollo's, los jirones brumosos intentan entrar a tomarse una copa y la mirada del dueño los empuja hacia fuera. Pocos aguantan la mirada torcida de Rollo. Sólo, los de la casa, quedamos en la madrugada, sosteniendo restos de noche.

- Rollo, otra-Le dije, ahorrando palabras.

- ¿Seguro? Creo que ya has bebido suficiente, Mario-- Y arrugó la nariz de mal bebedor.

- Hoy hace un año que enterramos a Risk, beberé por los dos. Incluso beberé por ti y sostendré la barra hasta que eches la persiana-- Murmuré, intentando componer una imagen más serena.

- Esta es la última. He llamado a Gloria para que venga a recogerte. Guarda eso --Y me devolvió el arrugado billete.

- Temes demasiado a las mujeres, Rollo, son más divertidas si no les tienes miedo- masculé, mientras engullía la bilis que me rebosaba en el paladar. Ya no hacía falta que me invitara a copas.

- Si coges el coche, ahora, te matas o te mata ella. Y después a mí. Aun no sé como sigue contigo...

- Por la música, Rollo, por la música...

Ni siquiera se molestó en contestarme ¿para qué? Todos sabían la respuesta. Incluido yo. Hacía un año que Risk y yo nos habíamos emborrachado por última vez. Hacía un año que no probaba el alcohol. Pero hoy era como la primera vez y también como lo fue la última. Paseando por la noche y mi memoria. Hablando de lo de siempre, nuestras mujeres: su madre, las chicas y la muerte: "A los treinta me suicido" Y lo hizo.

Siempre fue un hombre de palabra.

Lo que más me jodió, fue la forma de hacerlo. Cómo me implicó

en su crónica de muerte anunciada. Porque jamás cambió de opinión, ni siquiera cuando las cosas le fueron bien. Él apuró la vida de un trago. Yo no sé beber sin atragantarme. No tengo valor, ni creo que lo tenga jamás: soy un cobarde.

Es una buena razón.

Risk, apareció un día por el Rollo's, atraído sin duda por el genitivo sajón, que en verde chillón congregaba a las putas bajo su resplandor, mustiéndoles todo el exceso de maquillaje. Un segundo después, descubrió que aquel tugurio tenía de bar irlandés lo mismo que de tablao flamenco. Y a pesar de que Manolo, el Rollo, por su exceso de peso y su inexistente locuacidad, le trató con la antipatía con la que alejaba a los extraños, Risk no cejó. Todos los días, se dejaba caer sobre las diez y trasegaba alcohol como si no tuviera fondo. Sin hablar con nadie, pagando por adelantado. A las doce recogía la chupa de cuero y se largaba.

A los dos meses, Rollo le invitó a una copa: Risk, pagaba y bebía como un hombre, era la clase de cliente que le gustaba. Medio año después era uno más, entre los solitarios que sosteníamos la barra, a pesar de la nota de color de sus rizos pelirrojos y sus dos metros de hombre nervudo y fibroso.

No jugaba mal al billar.

No he sido hombre de amigos, pero siempre se agradece un buen adversario. Cuanto más bebíamos, mejor jugábamos. Íbamos desgarrando nuestras vidas mientras la negra rebotaba bandas: siempre billar americano, siempre pagando rondas el perdedor, siempre pagaba Risk. Yo nunca he tenido mucho dinero, así que procuraba jugar bien. Rollo dice que la única manera de conservar los amigos es no dejar que existan deudas pendientes. Esta frase, exactamente, es una de las que más me joden.

Risk era medio irlandés. O medio español. Tener un padre extranjero que te deja como única herencia, tu semejanza a una gamba, te hace ver la vida de forma muy diferente. Ni siquiera heredó el idioma, no tuvo oportunidad: siempre fue un extranjero de pega. Su padre desapareció con el barco, dejando a una charnega preñada hasta las cejas y la promesa de un volver. Un clásico, como decía él. Promesa que no cumplió, ¿qué marinero ha vuelto? Y sólo le restó en herencia un nombre o un apellido, a saber, y una madre que lo odiaba cada año un poco más, conforme se acentuaba el parecido con el pecoso marinero.

A veces, llegaba al Rollo's más taciturno de lo normal. Cuando entraba con la mirada cruzada, yo, ya sabía que la vieja le estaba poniendo las cosas difíciles. Esos días amanecíamos borrachos cantando Tatuaje, a los pies de la ventana de su casa. Por joder. Pequeñas maldades

para una bruja que tenía el mismo instinto maternal que una gata en celo. Tal vez un poco menos.

Éramos amigos.

Yo no había vivido mucho y me atraía su forma de ver la vida, de encarar la mala suerte y sobrevivir. Nunca equivocaba un juicio, conocía demasiado bien la miseria humana. Me gustaba observar la naturalidad con la que bailaba en el límite, chachachá: punta en el bien, tacón en el mal. Los tipos duros no bailan. Nosotros tampoco, pero a veces balanceábamos con un vaso en la mano y dos nenas delante.

Por las nenas.

Tendría veinticinco, yo, un año menos, la primera vez que jugamos al billar. Y ese día, cuando la negra entró derecha por la tronera izquierda, haciéndole perder, me dijo con el taco en la mano: "A los treinta me suicidaré, para lo que hay que ver. Pero antes haré carambola a tres bandas con la negra". No le hice mucho caso. Ni las otras mil veces. En realidad, su muerte era el hilo de todas nuestras conversaciones, después de beber media botella de whisky y alguna que otra cerveza:

- ¿Si te vas a suicidar, para qué te quieres comprar una grúa?-Preguntaba con la quinta copa en la mano y el laconismo interrogante de Rollo arropándome.

- No está reñido lo uno con lo otro. Piénsalo de esta manera: no tengo nada que perder. Y sí me sale bien, pues eso... me ha salido bien. Cóbrate, Rollo, qué nos vas a sacar mal de ojo--Guaseaba al estrabismo de Rollo.

- Estoy cerrando, beber y callar - Gruñía, Rollo, abriendo y cerrando las cámaras de bebida con violencia. Nunca ha sido hombre de muchas palabras, pero sí de muchas escuchas. Y, sobretodo, no le gustan las bromas sobre su ojo.

Y se compró la grúa.

Se endeudó hasta ahogarse, incluso convenció a su madre de que le hiciera un préstamo. Y mira que la vieja era tacaña: "Ha pasado mucha necesidad... Una madre soltera, en aquellos tiempos, no era precisamente una perita en dulce, Mario", me decía disculpándola y guiñándome el ojo izquierdo con pestañas casi invisibles, de tan rubias. En el fondo la quería, aunque fuera un poco, aún así de vez en cuando, dejaba escapar su cansancio:

- Si gano pasta me largo. No la aguento más. Pero, no puedo dejarla tirada, mal que bien, me crió hasta los catorce. Se lo debo.

- De todas maneras, aun te queda tiempo ¿Dos años, no?-- Y me reía socarronamente-- No te olvides dejar bien claro en tu testamento que los discos de Los Ramones son para mí.

- Antes, ¡qué me entierren con ellos! Y paga, cabrón, que no hay manera que sueltes la pela. Heredarás a la vieja. Es lo único que te mereces-- Y se reía de mi cara de susto.

Su madre era demasiada madre.

Yo, para variar, no pasaba un buen momento económico. Nadie que quiera ser escritor vive con desahogo, creo que forma parte del ritual: no es fácil vivir del cuento. Abría el Rollo's a la hora del café y a partir de las doce, cambiaba la posición. Camarero, cliente. Sosteniendo barra dentro y fuera. La historia de mi vida. Entrar y salir. La historia de todos nosotros.

Excepto de los que salen silbando y con un portazo.

Me fui de casa antes que él. Cómo carecía de sus ansias de muerte, me apresuré a cambiar las cosas. Vivía en un cuchitril. Y sobrevivía. Cada vez nos veíamos menos, Risk ocupado en sus tejemanejes y yo con la Bultaco, arriba y abajo. Había encontrado trabajo en un periódico local y hacía reportajillos para rellenar huecos dominicales: Fiestas en Vilanova, gigantes y cabezudos en la Geltrú, alegría popular en ambas dos, aprenda a bailar la sardana en dos horas y cosas igual de estúpidas. Pero me daba para el alquiler, y bebía gracias al billar.

Siempre hablábamos de mujeres. Aunque su madre no fuera una mujer al uso, no había duda que lo había parido. Condición sine qua non para

la femineidad. Entonces nos preocupábamos mucho por no preñar ninguna. También hablábamos de dinero: los condones eran demasiado caros y la marcha atrás desconcentraba, bromeábamos. Pero siempre, volvíamos a su madre: una mujer usada, una mujer gastada por la vida y el mal humor. Él murió viviendo con ella. Ninguna chica eclipsó a la charnegueta. Ni siquiera la última. Yo nunca le dije que viniera a vivir conmigo. A la gente como yo, siempre le quedan cuentas pendientes. La gente como Risk, las salda como sea.

Y así pudo pagar la grúa.

Metiéndose en líos raros. Es difícil bordear los límites con algo tan grande. Pero él tenía experiencia y consiguió devolver la pasta a su madre. Callarla. En dos años apaciguó a la vieja; apaciguó a los bancos y apaciguó a sus extraños fiadores paseando coches robados por Barna. Parecía un encantador de fieras urbanas: sosteniendo el tipo con un par. Y la vida le sonreía picarona, tentándole a vivir. Y él, cabezota, en sus trece.

- No es tan malo como imaginas. Una grúa da mucho de sí, Mario, y tengo que pagarla. No me queda mucho tiempo.

- A veces me hartas con esa vieja broma--Ese día estaba de mal humor, mi última chica me había dejado por el cronista de deportes. Tal vez, por eso nunca nos presentábamos a

nuestros ligues. Un amigo es un amigo, hasta que te levanta a tu chica. Algo de la filosofía de Rollo habíamos aprendido.

- ¿Quién ha dicho qué es una broma? Haré lo que tenga que hacer... En un año a sostener a otro lado --Y sonreía con los ojos.

- Procura hacerlo bien, no hay nada tan patético como un suicida frustrado y sobretodo, no te olvides de Los Ramones-- Le azuzaba.

- Tranquilo, tío, cuando lo haga, no habrá vuelta atrás. Y Los Ramones se vendrán conmigo.

Y seguíamos jugando al billar.

Tiraba fino. Pero no cuajaba con las carambolas. Partidas geniales las vendía por una tronera mal elegida. En realidad, todos nos hemos perdido alguna vez por un agujero. Pero, lo suyo era vicio. Siempre nos encontrábamos en el Rollo's. Por eso, me sorprendió verlo en la puerta de mi casa.

- Vamos al Rollo's. Quiero jugar al billar.

Y fuimos. Y jugó como un profesional: coló la negra a tres bandas, partida tras partida. Esa noche entregué a Rollo el sobre intacto que pagaba un penoso y alcoholizado artículo por las bodegas de los alrededores. Pero no me dolió, era la primera vez que Risk me ganaba por goleada. Esa noche recuperó lo

que había perdido en años y no se habló de muerte. Me debería haber dado cuenta. Pero estaba demasiado borracho.

Todo iba bien, me contó.

- He ganado mucho dinero, tal vez no muy legalmente, ¿pero a quién, coño, le importa? A mi madre, no, desde luego-- Me dijo con la boca torcida.

- He aprendido a jugar al billar, tengo pasta en los bolsillos, un polvo más, un polvo menos... -- sonrió-- Hasta la vieja parece haberse ablandado ante la vista de los billetes. ¿Sigues llevando a pescar a tu padre?-- Preguntó de repente.

- Cómo siempre--Le dije.

Mi padre tenía la costumbre de ir a pescar, de madrugada, el último domingo de cada mes. Lo llevaba en el Ford familiar, que había dejado de conducir cuando las cataratas hicieron charcos en sus ojos. Yo tenía coche y él se hacía la ilusión de un compañerismo inexistente con su único hijo "qué le había abandonado" en las garras de mi madre y mi hermana, me decía con retintín. En realidad, estaba como un rajá, aunque no lo habría admitido nunca.

Hace un año que no vamos a pescar.

Una semana después, Rollo, me dio un mensaje para Risk:

- Dile al Rojo que lo andan buscando.

- ¿Quién lo busca?--Hacía días que no veía a Risk. No era extraño, ni la primera vez, sin embargo, el tono oscuro de Rollo me puso en guardia.

- Esta vez se ha equivocado., dile que se ande con cuidado. Mejor que pase un tiempo sin dejarse ver por aquí-- Y fue a atender a otro borracho.

Hay que ser muy tonto, para no hacer caso a Rollo las pocas veces que habla. Así que cogí el coche y fui a buscarlo al solar de mi abuelo, dónde dejaba la grúa. El mismo por el que pasábamos todos los domingos mi padre y yo, antes de ir a pescar. Risk, casi vivía allí. Incluso tenía una pequeña ducha en la caseta, donde guardábamos los aparejos de pesca.

- ¿Todo bien?--Me preguntó sin extrañarse de verme.

- Más o menos. Cuéntamelo tú-- Y le di el mensaje de Rollo.

- Siempre habló demasiado, espérame unos minutos --me dijo mirándose las manos llenas de grasa-- y vamos a sostener barras. Pensaba buscarte hoy. ¿Sigues con aquella chavala?

- ¿Cual?-- Contesté consciente de la mirada burlona por mi agitada vida sentimental.

- Un día de estos te haré un buen regalo...

- ¿Los Ramones?

- No sueñes, chaval.

Esa noche, no fuimos al Rollo's, sino que andamos de aquí para allá. Hubo un momento en que me pidió el teléfono para llamar a una amiga y me guiñó un ojo: "Pierdo un polvo por ti, esta me la debes" Y paseamos la noche, yo mirando sus espaldas, él extrañamente tranquilo. No me explicó nada: "Yo sé lo que hago, y estamos hablando de mucha pasta, Mario. La suficiente para no importarme el peligro. No puedo preocuparme por tonterías. Ya lo entenderás".

No quiso jugar al billar.

Aullamos a la luna y a su madre: le cantamos La Bien Pagá y nos vació un cubo de agua con lejía mientras nos llamaba hijos de puta. No andaba muy equivocada. Fue la última chiquillada. De madrugada, lo acompañé a Gracia completamente borracho. El siempre aguantó mejor el alcohol. Ni siquiera sé como conseguí llegar a mi apartamento.

Si me dijo algo, no lo recuerdo.

La madrugada del domingo al lunes, con la cabeza a punto de explotar, pasé a recoger a mi padre. En algún sitio nos habían dado garrafa, me dije enfadado. Tenía que decirle a Risk que arreglara sus

problemas, yo era un hombre de costumbres. Y me gustaba el Rollo's.

De forma automática conduje hacia el solar dónde aparcaba la grúa, Risk, para que mi padre cogiera los aparejos y encaminarnos al muelle. Otro día, con semejante resaca, no hubiese ido, pero quería aprovechar la ocasión para pegarle un sablazo. Risk no había pagado ni una copa la noche anterior. Supongo que para obligarme a ir con el viejo.

Lo vi desde lejos, abrazado por la niebla.

Balanceándose del brazo móvil de la grúa. Ahorcado. De la cintura para arriba era una masa negra informe y chamuscada. Los vaqueros estaban húmedos en la bragueta y la niebla olía a carne quemada, orines y muerte. Olía como hoy. No contento, después de apretar el botón que lo elevaba a la muerte, se había prendido fuego. Siempre fue muy radical. A sus pies, la lata de gasolina y el zippo que me había birlado la noche antes.

Mi padre llamó a la ambulancia mientras yo revisaba sus cosas. Las había dejado en perfecto orden: su cartera abierta mostrando el documento nacional de identidad y el carné de conducir, el paquete de Marlboro, las llaves de la grúa, las de su casa, un pañuelo lleno de grasa y su chupa de cuero. Como nota de despedida, un disco de los Ramones: Adiós Amigos. Pasé todo el día hablando con maderos que intentaban relacionar su muerte con los turbios

asuntos de los coches. No tenían ni puta idea. Lo enterramos al día siguiente.

No sabía que conocía a tanta gente. Recordándole en la grúa no pude evitar odiarle: fue mi amigo y un hijo de puta hasta el final. Su madre no lloró. La charnega mantuvo el amarillento rostro impasible, pero las manos, como garras de gorrión, estrujaban una bola de pañuelos de papel. No volvería a preocuparse por el dinero, pero eso no lo sabría hasta unos días después. A su lado, una joven escondía la cara entre espesos mechones de pelo negro, tan negro como la cabeza sin ojos de Risk.

Llegué al límite cuando un aprendiz de albañil escribió sobre el yeso mojado su nombre: Risk Risk Bermejo. Un nombre y un apellido ridículos. Uno comprende muchas cosas, cuando ve escrito su nombre por primera vez. Abandoné el cementerio, sintiendo como si de mi cara se colgasen todas las piedras del mundo. Alguien me chistó,

- ¿Eres, Mario?--Me preguntó la morena, dejándome ver, entre el desigual flequillo, unos ojos tiznados de verde y violeta.

- Sí.

- Me dejó los discos y algo más. No quería que su madre se quedase con todo. Ten --me dijo acercándome una tarjeta de la grúa con un teléfono y unas palabras en la parte posterior-- Lláname, soy Gloria.

Yo leí la nota y sonreí:

"Sosteniendo"

Heredé su última carambola: la
chica, la música y el dinero.

A tres bandas, con un par.

- Invita a todos, Rollo. Paga Risk-
-Dije sonriendo a Gloria.

ÚLTIMO VIAJE

por Balkanos de Thersos

La sala de duelos del tanatorio es fría y poco acogedora. La luz blanca del techo parpadea incesantemente, acompañada de un arrítmico golpeteo provocado por el mal funcionamiento de la lámpara. Las paredes alicatadas hasta media altura otorgan a la sala una atmósfera de total solemnidad, si bien el papel desconchado de una de las esquinas superiores desvela la disimulada precariedad del lugar. Cuatro hordas de seis sillas cada una ocupan el ancho de las paredes. Son sillas viejas, de madera, alguna de ellas completamente desvencijada, casi a punto de descomponerse en pedazos, razón por la cual apenas nadie se ha sentado en ellas. En cada esquina, desentonando con el resto de la estancia, unas pequeñas mesitas de diseño sostienen respectivos jarrones de cristal con ramos de flores de colores sobrios y escaso perfume. En el centro de la sala, sobre una amplia mesa decorada con paños de camilla y ganchillo, reposa el exiguo ataúd con el cuerpo de la pequeña en su interior. Es un ataúd robusto, acompañado a su alrededor por más conjuntos florales y una amplia cruz en sendos laterales. La tapa está abierta, mostrando por última vez a la niña que un día antes había aparecido

ahogada en la alberca de la casa de sus abuelos.

La madre de la niña, sentada en una silla un poco más próxima al féretro, no puede más que gemir, pues hace ya algunas horas que sus lastimosos ojos no consiguen derramar lágrimas. Está completamente ataviada de negro, vestido, zapatos, e incluso el pañuelo con el que hasta ahora había estado secando su dolor. El marido, vestido también de manera luctuosa, le consuela como mejor puede, intentando reprimir sin éxito el llanto que le ha traicionado hace tiempo. Sólo cinco personas permanecen sentadas junto a la pareja: los abuelos maternos de la niña, en cuya casa apareció ahogada, y tres amigos íntimos de la familia. Con voces apenas les dedican al mismo tiempo cariñosas palabras de ánimo y consuelo. Hay más de veinte personas acompañando a los familiares, sin embargo, la mayoría opta por quedarse fuera de la sala de duelos para fumarse un cigarrillo o comentar lo doloroso de la situación, evitando en todo momento que tales comentarios lleguen a oídos de los condolientes. En la puerta, apoyado en el marco, una figura destaca sobre

el resto por su indumentaria: es Higinio, el conductor del coche fúnebre.

Es un hombre de avanzada edad, bajito, extremadamente delgado y de tez morena. Hace ya bastantes años que las arrugas conquistaron su rostro, convirtiéndolo en un apretado paño de piel casi decrepita. Sus ojos, oscuros y tristes, provocan en su mirada un efecto de inmensa profundidad, aparentando incluso estar vacíos. Su aspecto es descuidado excepto por sus zapatos, de un negro pulcramente enaltecido, dotados de una diafanidad inusitada. Tiene la mano derecha metida en el bolsillo, juega con las llaves nerviosamente hasta que se percata de la molestia que puede suponer para los familiares el repetitivo choque metálico. No se ha acercado al ataúd, ha decidido mantenerse apartado. Sabe que la niña se llamaba Ángela, pero no ha visto aún su cara. Aunque está acostumbrado a transportar difuntos y, con ello, a compartir su soledad en ese último viaje, no ha vuelto a ver ninguno desde que su mujer y su único hijo murieron en un accidente de tráfico hace catorce años. Volvían del acto de graduación de su hijo. Había sido una de esas típicas ceremonias con imposición de becas y entrega de diplomas tras la cual se preparó un convite para todos los invitados. Higinio se había excedido con el vino, por lo que su mujer decidió ponerse al volante para el regreso. Fue un camino de vuelta silencioso, tranquilo, interrumpido únicamente por alguna que otra

alusión a algún detalle de la fiesta, como esperando con incierto mutismo la inmediata capitulación ante su futuro. Faltaban tan sólo siete kilómetros para llegar a su casa cuando, de improviso, en una curva, un motorista impactó contra ellos. La mujer perdió el control del vehículo y éste dio tres vueltas sobre sí. Cuando Higinio despertó se encontraba tendido en una camilla de hospital con las dos piernas fracturadas. Fue un pariente de su mujer quién le informó sobre la pérdida.

Ha llegado la hora -dice compungido el padre de la niña.

Un fuerte y amargo llanto rompe con estruendo el silencio de la sala. La madre, absolutamente enloquecida, ha entrado en una fase de delirio. Al levantarse de la silla, intenta aferrarse como mejor puede en ese momento a su marido para no caer al suelo, pero sus torpes movimientos, inconscientes, le hacen tambalear angustiosamente. Higinio comprende que, una vez más, le toca compartir ese penoso viaje.

Entre cinco hombres transportan el féretro al coche fúnebre. A pesar de no ser muy grande, más bien pequeño, es bastante pesado, y al introducirlo en el coche surge cierta descoordinación entre los portadores.

Higinio arranca el motor. Por el espejo retrovisor acierta ver a la madre de la niña estallar en una desesperación patente. Una inesperada sensación de compasión le insta

dirigirse a ella y decirle algo, sin embargo, desiste. El coche inicia su camino hacia la iglesia, donde está todo preparado para el acto sacramental. Unos cuantos vehículos más le siguen a una distancia moderada.

El tanatorio se encuentra bastante alejado del pueblo, por lo que el camino se hace aún más doloroso. El desfile procesional de los automóviles por la carretera revela el carácter cruento de la situación. Higinio vigila atentamente el ataúd, cerciorándose en todo momento del anclaje a la plataforma.

Han recorrido ya la mitad del trayecto. Toca ahora adentrarse por un gran pinar que se eleva hasta la cima de un modesto monte. Conforme ascienden la colina, el lado derecho de la carretera va presentando una mayor inclinación hasta convertirse por completo en un barranco, lleno de pinos y sabinas. El pavimento no está en muy buen estado, pero Higinio ha recorrido ese camino bastantes veces como para conocer y sortear todos sus obstáculos y accidentes.

A mitad del trayecto pasan ante el cementerio, sin embargo, aún es pronto para ese último lugar. Instintivamente, Higinio busca con la mirada a la madre de la niña en el coche que le sigue. Está completamente absorta, con la mirada perdida en algún lugar del frondoso paisaje. Su cara es fiel reflejo de la desgarrada tristeza sufrida. Lleva algo

en las manos, «posiblemente un rosario», piensa Higinio. La imagina rezando atropelladamente, pidiéndole a aquel ser superior que un día atrás le había arrebatado lo más importante de su vida que cuide de su niñita, recordándole de manera insistente cómo le gusta escuchar un cuento antes de dormirse, aconsejándole dejar siempre un vasito de agua en su mesita de noche por si se despierta y tiene sed.

Se nota que te quería -dice Higinio en voz alta, aun sabiendo que no obtendrá respuesta.

Sigue hablando con la difunta. Su preocupación por el anclaje del ataúd es cada vez mayor. Algo le dice que se soltará de la plataforma, razón por la cual no deja de mirar por el retrovisor. Al retomar de nuevo la visión de la carretera después de una de sus cada vez más asiduas inspecciones, observa aterrorizado cómo un gran pino está caído sobre la calzada, obstruyéndole así el paso. Se había olvidado del temporal acaecido días atrás y de las informaciones dadas por la radio, que advertían sobre el gran número de carreteras cortadas como consecuencia del derribo de árboles. Con más suerte que reflejos consigue esquivar el tronco, pero ha elegido mal la dirección. El coche se precipita barranco abajo, chocando con todo tipo de matorrales, arrastrando a su paso pequeños árboles y densos arbustos. La madre de la pequeña contempla horrorizada la escena desde su coche. Higinio no sabe qué hacer. Da violentos volantazos, pisa el freno,

lo suelta, cambia apresuradamente las marchas, pero todo resulta inútil, el coche sigue deslizándose aparatosamente. De repente, el conductor avista a pocos metros un pequeño montículo, lo que parece ser una roca saliente. Su cara empalidece de súbito, descomponiéndose por milésimas de segundo. Sabe muy bien que aquel promontorio puede hacer volcar al coche. Sin darse apenas cuenta, mira de nuevo el ataúd. Milagrosamente no se ha soltado de la plataforma. Cuando retoma la situación, comprende la inmediatez del choque. El coche se inclina a la izquierda nada más impactar con la roca, volcando finalmente sobre su techo y deslizándose un poco más ladera abajo hasta que dos grandes pinos frenan al fin la caída.

Durante unos instantes Higinio se queda paralizado. Le duele todo el cuerpo, sobre todo el hombro izquierdo, donde ha recibido un fuerte golpe al volcar el auto. Se arma de valor y sale, a duras penas, del habitáculo. Al mirar hacia arriba ve la huella dejada por el accidente en el barranco. Parece como si el camino abierto por el deslizamiento del vehículo hubiese estado allí desde siempre.

Tirado en el suelo, intenta respirar profundamente, pero es tal la agitación provocada por el susto que lo hace de manera entrecortada, casi asmática. Decide ponerse de pie, pero al ver el ataúd abierto en la tierra le flaquean las fuerzas y sus piernas abdican ante el pesar. Escucha un

demencial grito procedente de lo alto del barranco. La madre de la niña está abrazada a su marido, quien, con gesto preocupado y nervioso, no sabe si seguir sosteniendo en sus brazos a su mujer o hacer algo para poder bajar. Los ocupantes de los demás coches van llegando progresivamente al borde del barranco. Higinio sabe que tardarán en ayudarlo. La pendiente es bastante inclinada y abrupta, y el descenso a pie resultaría infructuoso. Sacando fuerzas del último rincón de su cuerpo consigue levantarse y, acompañándose de su brazo ileso, les indica a los atónitos espectadores del accidente que busquen ayuda. Observa complacido cómo lo han entendido. Uno de los vehículos del séquito fúnebre emprende una rápida carrera en dirección al pueblo.

Higinio se da la vuelta y contempla de nuevo el ataúd abierto. Lentamente, hierático, se dirige hacia él, buscando el cuerpecito de la niña. Un pequeño zapato blanco comienza a asomar por uno de los lados del féretro. La niña está boca arriba. El conductor siente cómo se le tensa el corazón, a la vez que las palpitaciones de éste comienzan a ser más aceleradas. Comienza a mirar por todas partes, como buscando a alguien que le aconseje, pero está sólo en aquel lugar, con la única compañía de una niña muerta llamada Ángela. Se lleva las manos a la cabeza y tira de los cabellos en gesto de desesperación. La niña está allí, tirada en el suelo, y sabe que es él quien debe devolverla a su eterno descanso. Sin embargo, la

idea de volver a ver un muerto le crea infinitas dudas. No quiere recordar la pérdida de su familia, pero tampoco comportarse de mala manera con la inocente pequeña. Se le viene a la cabeza la cara completamente arañada de su mujer, dentro de su sarcófago, con las manos cruzadas sobre su vientre y una artificial sonrisa en sus labios. Su hijo, al lado de la madre, vestía la toga con la que asistió a la ceremonia de graduación. Esa imagen pretérita de su familia hace a Higinio comprender lo dura que va a resultar la prueba que se le avecina. De nuevo, la muerte le mirará a los ojos, frente a frente, encarnada en un pequeño cuerpecito de ángel.

Armado de valor, Higinio prosigue decidido. Comienza a vislumbrar las piernas de la niña, blancas como la nieve, pero sucias debido al accidente que la ha tirado al suelo, manchando de tierra y alguna que otra hojarasca aquellos diminutos miembros. Según ve conforme avanza, la niña viste un vestido blanco adornado a la altura de la cintura por unos lacitos celestes, con cuello redondo y pequeños volantes en las mangas. Lleva unos guantes de terciopelo, también blancos. Higinio se extraña al no ver los brazos cruzados sobre el vientre; la excitación del momento no le permite discernir adecuadamente. Finalmente, y casi al borde de la conmoción, se le aparece la cara de la niña. Inesperadamente, desaparece todo tipo de paroxismo y tanto su cuerpo como su alma entran en un estado de calma infinita. La visión del rostro de la niña ha

eliminado temor alguno de la mente de Higinio y, ahora, una seguridad absoluta es la que rige su cabeza. Jamás hubiese podido imaginar una belleza tan apacible y tranquila. A pesar de los golpes recibidos y la postura en la que se encuentra, la niña irradia una inmensa alegría. Higinio se alegra de que así sea. Al menos, en estos últimos momentos de estancia en el mundo, la pequeña aparenta ser feliz.

Los minutos transcurren lentamente e Higinio continúa contemplando a la niña muerta. Le parece haber topado con un ser sumamente excepcional que, irónicamente, ya no vive. «Ya no vive», piensa. La cara de Higinio evoluciona hasta un rictus apesadumbrado. Se lleva la mano derecha a la boca y comienza a mover los dedos aceleradamente. La angustia vuelve a surgir.

¿Cómo es posible que desaparezca tanta vida? -se pregunta en voz alta. La niña lo deslumbra. Por más que lo intenta, no puede quitarse una idea de la cabeza. Ahí está él, cerca de los setenta, aproximándose al ocaso de su vida, habiendo vivido mucho, mal, pero mucho. Sus manos son un fiel reflejo del deterioro sufrido. Por unos instantes, recuerda cuando, a pesar de su delgadez, era un muchacho lleno de vitalidad y de fuerza, con ganas de vivir, enamorado de su prometida, encantado con su vida. Sin embargo, todo cambió repentinamente. El accidente le dejó maltrecho, sus piernas nunca volvieron a ser las

mismas de antes y, aunque tampoco luchó para evitarlo, perdió las riendas de su vida. Para él, todo había acabado.

Al volver a la realidad, vuelve a contemplar a la niña. Se la imagina alegre, rebosante de felicidad y dicha, jugando con sus compañeros de colegio o sus amigos de barrio, correteando con jolgorio por las calles, bulliciosa, pletórica, inundando de color y música allí por donde pasa, aquello que toca.

El hombro izquierdo le recuerda a Higinio el mal estado en que se encuentra. El dolor hace mella en su lastimado cuerpo e Higinio se encoge bruscamente sobre sí, como si la postura adoptada fuese a redimirle de aquel suplicio. Se agarra con ahínco el hombro, lo frota suavemente con la mano derecha, pero todo es inútil, el dolor va inundando progresivamente cada rincón de su cuerpo, cada recóndito lugar de aquel amasijo de huesos y piel demacrada por el sol. Sabe a ciencia cierta que lo tiene fracturado. A pesar de todo, decide encaminarse hacia la niña. Una vez ante ella, se agacha con cierto sigilo, escupiendo desaforadamente pero con el mayor encubrimiento alguna que otra blasfemia. Con sumo cuidado toma a la niña en brazos, pero es tal la debilidad, que casi cae al suelo como consecuencia del esfuerzo. Finalmente consigue levantarla. Con paso lento se dirige hacia el ataúd donde, tras

aderezar un poco el interior, coloca a la niña. La contempla de nuevo, intentando buscar minuciosamente el menor resquicio de desaliño. En estos momentos, lo único que le importa es el aspecto de Ángela, lo principal es su bienestar, aunque ya no pueda disfrutarlo.

Unos sonidos atraen la atención de Higinio. Proviene de lo alto del barranco. Por lo poco que puede entender de toda aquella algazara, parece ser que alguien se dispone a bajar a ayudarlo.

Está sentado junto al ataúd. Comprende que todo va a terminar pronto, pero algo en su interior le pide no separarse de la niña. Todo a su alrededor comienza a tornarse impreciso, los árboles, el cielo, el canto de los pájaros, incluso el incipiente dolor que empieza a aflorar en su pecho. Todo excepto Ángela. La niña permanece límpida ante sus ojos, como si de un níveo querubín se tratase, invitándole a no abandonarla nunca.

El dolor en el pecho aumenta progresivamente, pero Higinio no puede más que ignorarlo. La vida se le antoja grotesca y por eso, a pesar de su misión, se abandona a la suerte de un caprichoso hado. Sabe que no estará sólo en este último viaje:

«Todos tenemos un ángel.»

TEXTO NÚMERO 9

Por la Comisión del Concurso Amadís de Gaula

El texto enviado a concurso que recibió el número 9 en la categoría de prosa fue retirado a petición del autor, con posterioridad a su envío a los miembros del jurado.

Por eso es que no publicaremos ninguna "prosa n.9" en esta edición del Amadís.

LA PARADA DE LOS MONSTRUOS

Por Haroum al Mutamid, general de Saladino, Comendador de los creyentes.

Allá donde se cruzan los caminos,
donde el sol no se puede concebir.
Donde regresa siempre el fugitivo,
pongamos que hablo de Madrid.

Un tal "Sabina".

Chano abría el bar antes que se apagara la última estrella. Los hombres de la fábrica esperaban, con el cigarrillo colgando del labio -que no volverían a fumar hasta salir del recinto-, las manos en los bolsillos y afirmando con voz profesional que no había carajillos como los de allí. Encendía la luz de la cafetera y desplegaba docenas de platos diminutos sobre la barra, luego ponía vasos cortos encima y llenaba algunos de leche condensada, para tenerlos preparados antes que le llovieran los pedidos de carajillos y belmontes. Luego, sin prisas, dejaba los diarios en una esquina y se agarraba al Marca con curiosidad de entomólogo. Pura, su mujer, una castellana hecha de raíces de árboles, canija y malencarada, atendía a los parroquianos con desgana y chasqueando la lengua cada vez que oía su nombre. El Manuel le cucaba

un ojo y pedía un belmonte, para él siempre habían sonrisas de la Pura, cogía el Abecé y leía despacio las Esquelas. Nunca miraba la sección deportiva porque la envidia le comía los huesos flacos. Ese día habían muerto pocos: Anselmo Granujo, alias el zorro, ochenta y dos; Ginesa Trueba, alias la Mocha, setenta; Ursula Iguarán, centenaria, alias la Soledá y María -sin apellidos ni edad conocida-, alias la Picaporte. Pagaba la esquila el ayuntamiento, a cuenta de sus bienes y por si hubieran deudos. Con una sonrisa releyó la Esquila y recordó, años atrás, una seca primavera, cuando él tenía apenas la docena y estaba ingresado en el hospital por ver si le arreglaban de una vez el parálisis de las secuelas de la Polio.

No olvidaría la 113, el olor a orines, a su vecino de cama, don

Jaime, antiguo capitán de artillería que se trataba unas purgaciones y bebía anís a escondidas. Volvió a escuchar su voz aguardentosa dándole consejos: -"Manuel, quien sabe, sabe, y quien no, a dar lecciones". Vino a su memoria la Cuca, del pasillo de enfrente, uno o dos años menos, nunca lo supo bien, y convaleciente de la última paliza de su padrastro, un drogadicto que la dejó sin himen ni bazo y con tres costillas rotas. A ella la visitaba, día si día no, su tía, cincuentona, parlanchina y recia, aunque de buen ver, porque su madre se había fugado con el agresor, sin dejar señas y poco antes que se presentaran dos policías a detenerlo. A denuncias del hospital fueron puestos en busca y captura.

A él lo iba a ver su madre, cuando podía dejar a sus cuatro hermanos con una vecina, una vez a la semana. Pero no la echaba en falta, menos aún con la la Cuca, y, en las tardes que brillaba el sol, que ese abril eran las más, se escapaban después de los termómetros al patio. Habían oído a hurtadillas a Mercedes, que el sol tenía unos rayos que quitaban las cicatrices. Entonces el Manuel se abría el camión y enseñaba al cielo unas piernas raquílicas, llenas de costurones, y se imaginaba a sí mismo al cabo de los años corriendo por el Bernabeu, -que no había visto nunca, ni desde fuera- con los brazos en cruz y bañándose de aplausos. O cerraba los ojos y soñaba que estaba en la costa brava y que las pajaritas de papel se volvían gaviotas y echaban a volar, pero como nunca había visto el mar, no podía

concebirlo mas que dentro de un barreño muy grande, y como se ponía a pensar en el tamaño del barreño, las gaviotas volvían a ser pajaritas. La Cuca tampoco había visto nunca el mar, así que solo llenaba el suelo de pajaritas. María la Picaporte, compañera de habitación de La Cuca, era ya muy vieja. Mendiga de la caridad, arrastraba por toda la ciudad un carro lleno de cartones y perros. Como a todos los mendigos, le achacaban una fortuna oculta, pero ella nunca decía una palabra, se movía poco y hablaba menos. Cuando le servían el desayuno, un café con leche aguado, esperaba siempre, mirando al vacío, a quedarse sola con la Cuca y lo echaba a una lata vacía y oxidada que escondía en su mesilla y entonces se lo bebía a galleta soltando un eructo al terminar. Nadie conocía bien su historia aunque alguien contó una vez en la sala común, que había sido una cupletista mantenida por un alto funcionario. Una noche, después de que terminara la actuación, un gitano que la había mirado todo el tiempo con ojos de gato, la visitó en su camerino y le arrancó, entre grititos de rata, la última gota de lucidez. Luego desapareció y ella lo buscaba desde entonces, con una piedra en la mano, para descalabrarlo, tirando de su carro y amaestrando perros para que ladraran a los gitanos. La Cuca también hablaba poco y nunca mientras hacía pajaritas de papel. Siempre del mismo tamaño, les cortaba las puntas de las alas. -"Para que no se escapen", decía.

En la sala común pasaban las tardes, escuchando las conversaciones de las visitas y las quejas de los enfermos. Allí conocieron a Paco el rizo, que cuidaba de su madre, enferma terminal, con devoción bíblica y venía todos los días andando mas de cinco kilómetros porque no tenía vehículo. Era un mozo de veintipocos, alto, moreno, tocado por alguna magia vieja, prodigio de la naturaleza, hacía que las mujeres, solo con olerlo, enloquecieran de deseo. El Manuel había comprobado docenas de veces que era así. Las veía removerse en las sillas de plástico de la sala, inquietas, húmedas, comiéndoselo con los ojos. Una tarde, mientras la tía de la Cuca hacía ganchillo, oyó a ésta, que estaba sentada a su lado y frente al rizo, cuchichearle a su tía unas palabras turbadoras: -"Táta, que me suda el chichi". Luego, cuando se marchó la tía y se fueron solos al patio, se atrevió a preguntarle que era lo que le sudaba. Ella terminó la pajarita, mordisqueó las alas y luego, tomándole la mano, la guió hábilmente bajo la faldita de tablas, entre sus muslos. Y el Manuel, como si se le hubiera extendido el parálisis por todo el cuerpo, abrió unos ojos como platos mientras ella abrió las piernas y se frotaba con su mano, arriba y abajo mientras decía: -"Ay, Manuel, tócamela". Desde entonces apresuraban el baño de sol y ella, comadreja experta, le enseñaba cada día un juego nuevo que él complacía goloso.

Otra tarde, en la sala común, cuando el rizo había ido a resolver un asunto secreto con su tía, -"No tardamos nada" había dicho, La Cuca y él oyeron a la Patro, una enfermera, lo que le contaba al Roque, un practicante que llevaba boina. Había ingresado un morito, rondaba la quincena, con una extraña malformación: tenía dos pichas. El hallazgo se había verificado en una redada a una barraca de feria, y había una comisión médica realizando un estudio para una firma americana de prestigio. La curiosidad radicaba, sostenía la Patro, en que él podía predecir, de modo aparentemente aleatorio, el que se le pondría tieso. Con carácter científico, añadía, las enfermeras de la planta se turnaban en darle masajes y con dos roces ya les decía -"El de aquí, madmuasé". Roque, excéptico a ultranza, no creía una palabra pero aseguró, no sin cierto embeleso, que lo comprobaría esa misma noche. Roque olía a agua de colonia, era regordete y amanerado. Una vez sugirió que para evitar la caída del pelo, Paco el rizo tenía que ponerse una inyección en el pompis e insistió, sin éxito, en administrársela él mismo gratis, a lo que Paco contestó que a cambio, con su barbera, le miraría el aceite, porque fijo que perdía.

Loren el viejo parecía una tortuga sin cáscara. Con el cuello de piel ajada, que imitaba una radio por dentro, llena de cables cruzándose. Había sido seminarista de mozo y luego, decía, había perdido la fe y la vocación a la brava, en brazos de

Marta la francesa. De la época de sacristán le quedaban un cierto deje blandengue al hablar, como si quisiera engatusar, y, la manía de "incensarse el templo" a base de liarse cigarrillos. Su mujer, Concha, había muerto al poco de casarse y lo había dejado solo, sin moza, sin latines y con esa estampa de desvalido al que nada incomoda; que no se queja nunca porque no tiene a quien hacerlo. Se solía sentar al fondo, en lo oscuro, y decían las enfermeras que la mañana la pasaba sacándose mocos con el dedo índice, que luego guardaba con precisión de numismático bajo su cama. Aguardaba a ver si alguien le limpiaba el nido, pero la de la limpieza, que ya se lo había calado, no le hacía la cama, decía, mientras no la desinfectasen. Una vez preguntó que cuando limpiaban el catre y ésta gruñó un escueto: -"Cuando San Juan baje el dedo".

Había una doctora, doña Mercedes, residente, hija única y de izquierdas, de la que todos estaban enamorados. Hasta Loren, el viejo, llegó a limpiar una mañana, con una servilleta untada en yodo y agua oxigenada, los mocos bajo su cama cuando oyó el taconeo de la Mercedes por el pasillo. Para Manuel era una sacerdotisa extraña, que dominaba secretos antiguos y a la que las enfermeras obedecían sin rechistar. Cuando la veía hablar con otros médicos en los pasillos, le parecía una reina. La imaginaba novia de algún semidiós, y todo lo relacionado con ella era misterioso y mágico. Para ellos Mercedes estaba mas allá de bien y

mal, no sujeta a las reglas de la naturaleza. Pero una tarde, cuando vieron llegar al rizos sofocado de venir corriendo porque se retrasaba, alguien le comentó que a ver si se hacía con un seiscientos, que así andaría menos. Este sonrió con picardía y contestó: -"¿Un seiscientos? ¡Si cuando quiero monto en Mercedes!". Todos rieron con ganas aunque Manuel solo entendió la gracia cuando los vio, días después, escondidos en el cuarto de la limpieza. Ella, llorando, pugnaba por comerle la boca y decía que si lo pillaba con otra los rajaba. Así, su diosa, cayó en el crepúsculo ante sus ojos.

Una noche, cuando los subalternos ya habían terminado su última ronda, él estaba en la habitación de la Cuca, mirando como hacía pajaritas de papel. María la picaporte parecía dormir, sin ruido, agarrando las mantas como tienen costumbre los mendigos, cuando la puerta de la habitación se abrió. La Cuca pareció alegrarse al ver a su madre entrar a hurtadillas con una bolsa en la mano. -"Te vienes conmigo", dijo. Pero no pudo ni moverse al ver, detrás de su madre, un hombre de piel muy oscura y ojos bizcos; su padrastro, que la apremiaba mirando a un lado y al otro. Luego supieron que pretendían sacarse para el vicio, vendiendo su inexistente virtud de pueblo en pueblo. Como la Cuca no se movía, el padrastro entró y le dio un manotazo, con la mano cerrada, para hacer menos ruido y más daño. Manuel intentó defenderla, pero la madre lo sujetó. Siguió

pegándole cada vez mas fuerte, con habilidad, como quien tiene costumbre, hasta que Manuel, con un empujón, pudo zafarse de la mano que le aprisionaba la boca y acertó a decir -"Déjala, gitano asqueroso".

No lo sabía, podía haber dicho cualquier otra cosa, pero había dicho las palabras mágicas. La Picaporte, que jamás había abierto el pico, que solo se movía para comer y eructar, se incorporó, soltó las mantas y hurgó en su mesilla, donde guardaba la lata de los desayunos. Todo lo demás fue muy rápido. Saltando como una fiera, con medio ladrillo lleno de cemento seco en la mano, la vieja se abalanzó al grito de -"¡Hijo de la gran puta!" sobre el padraastro. Hicieron falta cuatro subalternos para arrancarla de

encima de la masa sanguinolenta que minutos atrás había sido la cabeza de Angel el cubanito; drogadicto, chulo, pederasta, abusón y gran bailador de chotis. Años después, el Manuel conservaba con nitidez la imagen del cuerpo del padraastro, con la cabeza aplastada, dando pataditas convulsas en los estertores, como queriendo bailar, con la muerte, el último castizo en un baldosín.

A los pocos días le dieron el alta. Nunca jugó al fútbol. No volvió a ver a la Cuca ni a ninguno de los demás, pero cuando esa mañana en el bar de Chano cerró el diario y apuró el belmonte, murmuró un: -"Dios la tenga en su gloria". Le dijo a la Pura que se lo apuntase en la cuenta y se marchó.

La Nostalgia del Mago Peláez

Por: Don Franco de la Pluma Esguerra

Seguro que la idea había sido suya. De vez en cuando a él se le ocurrían buenas ideas, planes en los que la pasaban bien por un rato. Como esa primera vez en que salieron, y Javier llevó a Helena al planetario. Ahora se acordaba del susto que sintió cuando decidió tomarle la mano en la fila de las boletas. También se acordaba de la vergüenza que paso después, cuando ya estando adentro del oscuro auditorio, Javier no pudo contenerse y le tocó un seno. Ofendida, Helena se había salido del teatro en medio de la función. Entonces él estaba tan seguro de que lo había echado todo a perder...

Más tarde, mientras que esperaban la buseta y sin que ninguno hubiera vuelto a decir una palabra acerca de semejante show, ella le preguntó en tono de mal genio, "Oiga... ¿porqué más bien no empieza por darme un beso?".

Eso había sido hoy, exactamente hace un año.

- ¿Oiga hermanito, no será que puede ir un poquito más rápido? - le pregunto Javier al chofer tratando de esconder el mal genio.

- Pues si quiere maneje usted. - Le respondió el hombre de mala gana.

Un trancón del carajo por la séptima y justo hoy martes lloviendo en Bogotá. Que cagada. Para evitar que la piedra se lo consumiera por completo, Javier volvió a los recuerdos de aquel día en el planetario: ¿Sí la primera vez había sido una buena idea, pues porque hoy no lo iba a serlo también? La ocurrencia de celebrar la fecha de aniversario bajo exactamente las mismas estrellas le parecía apenas perfecta. Es cierto que ya para Helena esto no era ninguna sorpresa, pero eso no le quitaba nada de originalidad al plan. Claro, siempre y cuando él llegara a tiempo.

Y sino llegaba... como se iba a poner ella...

Hacía un año no estaba lloviendo. Ese día, Javier había llegado a casa de Helena media hora antes de lo acordado, y eso que al barrio lo había hecho con un par de horas de anticipación, previendo cualquier eventualidad como otro trancón o una de esas direcciones problemáticas de encontrar. Entonces, cansado de espera en la tienda de la esquina a que los minutos no pasaran, Javier decidió

timbrar. El padre de Helena, un viejo setentón envuelto en una vieja bata raída, le abrió la puerta a Javier, y en vez de hacerlo pasar a la sala, lo invitó a seguirle hasta el patio trasero donde luchaba por reparar una vieja podadora de pasto. Helena aun estaba en la ducha, pero eso no lo vino a saber Javier sino hasta después, cuando ella entró a despedirse de su papá, y puso esa cara de vergüenza al ver que Javier ya había llegado.

Hoy, él no había ido a recogerla a su casa como esa primera vez. Y no por falta de voluntad. Nada le hubiera gustado más que repetir aquel Martes al pie de la letra. Pero es que las cosas habían cambiado mucho en un año, y no para mal como Helena a veces lo pensaba. Ahora Javier trabajaba después de clases en la biblioteca de la universidad, y los padres de Helena se habían mudado a Bucaramanga, razón por la cual ella ahora vivía en casa de su tía, en cedritos, al otro lado de la ciudad. Helena había dejado de dictar clases privadas de piano, negocio inestable y mal pago, a cambio de un puesto fijo con todos los beneficios de un empleado oficial en el ministerio de la cultura. Si las cosas seguían de acuerdo a lo planeado, Javier y Helena podrían casarse en menos de un año, pero para ello había que aceptar estos pequeños sacrificios.

El bus aun estaba en movimiento cuando Javier se lanzó a la calle, corriendo como cual ratero por la veintidós hacía la quinta. Solo llevaba cinco minutos de retraso y aunque le hubiera gustado entrar de primero

como aquel día, la verdad no era tan grave perderse el pedacito del comienzo.

Cuando Javier llegó a la entrada Helena no estaba allí. Ya toda la gente había entrado y él único que permanecía en la puerta era el hombre de los tiquetes, un viejo muy flaco y de rostro inexpresivo, una de esas personas para las cuales el tiempo dejo de pasar hace mucho tiempo. Luego de recorrer con su vista el lugar, Javier clavó la mirada en el viejo como si a punta de concentración pudiera sacarle alguna explicación, pero el hombre no se dio por aludido.

- Señor, es que yo quedé de encontrarme con mi novia acá en la entrada a las siete. ¿No sé si usted de pronto la ha visto por ahí? Ella...

- No. - Dijo el hombre interrumpiendo a Javier y negando con la cabeza obsesivamente.

- ¿No que, señor? -

- No la he visto. -

- Pero si aun no le he dicho como es ella. -

- Si le digo que no la he visto es porque no la he visto. -

Varios minutos pasaron antes que Helena llegara. ¿Cuántos? A Javier le parecieron como treinta, pero su reloj tan solo marcaba las siete y veinte cuando ella apareció, subiendo las

escaleras con un suave trotecito y una risa de vergüenza en la cara.

- Ay, mi vida, lo siento. ¿Hace mucho que llegaste? -

Sin contestarle nada, Javier se volteo para pedirle al viejo dos tiquetes. Entonces el viejo miró su reloj con escepticismo.

- No. -

- ¿No que? -

- No puedo vender tiquetes después de la siete y cuarto. -

- Pero si la última vez que vine la gente entraba y salía durante toda la función. -

- ¿Hace cuanto fue eso? -

- Hace exactamente un año. -

- Mire joven, - Dijo el viejo con aires de solemnidad. - Las cosas han cambiado mucho desde hace un año: Nueva administración, nuevas reglas...

Lleno de ira, Javier se dio la vuelta y empezó a caminar escaleras abajo. Helena miró al viejo implorándole con su mirada. El hombre bajo la cabeza avergonzado.

- Lo siento señorita pero no puedo ayudarles. -

Helena corrió escaleras abajo detrás de Javier, quien caminaba sin tenerla en cuenta.

- Javier, espérate. ¿A donde vas? -

- Habíamos quedado a las siete. ¿Que pasó? -

- A cualquiera se le puede hacer tarde. ¿No? -

Javier se detuvo para mirar a Helena fijamente a la cara.

- ¿Que pasó? -

Helena se puso algo nerviosa.

- Si te cuento te vas a poner bravo, así que para que. -

- Si no me cuentas me voy a poner peor. Y dime la verdad, ya sabes que cuando mientes se te nota. -

- Mira, si realmente esto es tan importante para ti, acá tengo cinco mil pesos. Con esto seguro que el viejo nos deja entrar. -

Helena sacó el billete de la cartera y se lo puso a Javier en la cara. El se quedó observándolo como si todo esto se tratara de una asunto de vida o muerte. Finalmente lo tomó, para correr de vuelta a la entrada. Helena se quedó allí de pie, a la espera del veredicto final. Después de unos segundos de cuchicheos entre el Javier y el viejo, Helena vio a su novio darse la vuelta con una gran sonrisa en el rostro. La muchacha corrió escaleras arriba.

- Si lo hago, no es por el dinero, sino porque como dice la canción, yo también tuve veinte años. - Les dijo el viejo mientras que les entregaba los tiquetes.

Javier y Helena iniciaron una larga tanda de agradecimientos al viejo, quien los interrumpió con premura.

- Bueno, sí, pero por favor pasen rapidito antes de que venga el jefe. -

La pareja hizo girar la barra rotatoria dos veces. Helena se volteó para agradecerle al viejo una última vez, pero Javier apuró el paso jalándola a la muchacha de la mano. Helena y Javier corrieron escaleras arriba cogidos de la mano, voltearon a la derecha tomando con prisa el corredor hacia la entrada del auditorio. Al llegar a la puerta, Helena se detuvo.

- ¿Que pasa? - Preguntó impaciente el muchacho.

Su novia le sorprendió con un beso inesperado. El momento no podía ser más perfecto, pensó Javier mientras que besaba a Helena, a unos pasos de las estrellas. Sin embargo, la magia comenzó a desvanecerse lentamente: el sonido distante de algunos alegatos que parecían venir de la entrada en el primer piso los obligó a detenerse. Al separar sus labios, Javier vio que Helena también se había puesto pálida.

- ¿Para que cree que estoy yo acá? ¿Solo para repartir el cheque de la

quincena? - Gritaba una voz enfurecida.

Una voz débil que parecía ser la del viejo, respondía a los interrogantes inquisitorios, pero por más esfuerzo que Javier y Helena hacían era imposible entender sus palabras.

- ¿Pero es que usted a mí me cree bobo? Yo no nací ayer señor, carajo. Y escúcheme, aunque me pongan una bomba, yo voy a poner este lugar a funcionar como Dios manda. ¿Que qué?

Javier y Helena se quedaron allí paralizados escuchando a los débiles murmullos batallar contra los gritos autoritarios del administrador.

- Pues no es mi problema si usted tiene el reloj atrasado. Y ya me mamé de su irresponsabilidad, queda usted despedido. -

Después un hondo silencio, y el sonido de una puerta cerrándose seguido de unos pasos malgeniados alejándose por un corredor.

Helena fue la primera en hablar.

- Bajemos. -

- ¿Para qué? -

- ¿Cómo que para qué? Todo esto es nuestra culpa. -

- Yo sé. ¿Pero ya que le vamos a hacer? -

- Bueno, yo voy a bajar a hablar con ese administrador. Tú puedes hacer lo que se te de la gana. -

Javier siguió a Helena por el corredor del segundo piso, y luego escaleras abajo. Cuando llegaron a la entrada encontraron la puerta cerrada con candado y el lugar desolado. Pues claro, toda la gente se encontraba adentro del teatro en medio de la función. Del viejo ya no había ningún rastro, tampoco del administrador. Javier siguió a Helena y juntos recorrieron el lugar, tocando en todas las puertas, buscando cualquier indicio de vida, pero el edificio entero estaba muerto. Unos minutos después, ambos miraban la calle a través del vidrio de la puerta.

- ¿Quieres que te cuente porqué llegué tarde? -

- No, eso ya no importa. -

- ¿No quieres saber por qué?

- No, eso ya no me interesa. -

- Pues a mí si me interesa contártelo, así que te va tocar aguantarte mi historia.

A Javier no tuvo otra opción que escuchar las palabras de Helena:

- Como siempre, a última hora, el inepto de mi jefe se acordó que aun faltaba un concierto por cuadrar: "Ay, Helenita, será que tú...", así que corra a ver los músicos, a pedir auditorio, cuadrar fechas, toda esa carreta. Pero

bueno, lo hice. Cuando ya tenía cuadrada toda la cosa... -

Con cara de arrepentimiento, Javier hizo un intento por mejorar la situación.

- Mi amor, por favor perdóname. Yo sé que... -

- No, tú no sabes una mierda y cállate porque estoy en medio de la historia. - Le interrumpió Helena. - Bueno, cuando ya tengo todo el asunto cuadrado para el veintitrés, y ya estoy poniéndome el colorete en el baño, ya lista para salir cuando aparece mi jefe y me dice, "sabes que Helenita, mejor para el sábado treinta". Le preguntó que porque, y tiene el descaro de decirme que porque ese día es el cumpleaños de su ahijado. Viejo de mierda... -

Javier hizo un segundo intento.

- Mi amor, Helena, cálmate. Mira yo también trabajo y yo se que los jefes son de lo peor, no hace falta que me des explicaciones de porque llegaste tarde... -

- Pero es que si yo llegue tarde Javier, no fue por mi jefe. - Le interrumpió Helena molesta.

Por primera vez a lo largo del carretazo de su novia, Javier se sintió desubicado. Y a pesar de que ahora su deseo de comprensión y cariño se había tornado en rabia, y su rostro de arrepentimiento en un gigantesco signo de interrogación, Javier decidió

guardar silencio y dejar que Helena siguiera con su explicación.

- Porque a pesar de la mierda que comí toda la tarde, a pesar de la mierda que me como todos los días en esa oficina, y que llevo comiendo durante seis meses que llevo ahí trabajando, a pesar de eso, siempre logré salir a tiempo. No hay día que a las seis en punto no salga por la puerta del ministerio Helena Manosalva, igual que lo hacen la mayoría del resto de comemierdas colegas míos, a excepción claro está de los que andan o de lambones, o de amantes escondidos. No Javier, si yo llegue tarde no fue por el trabajo.

Javier no pudo contenerse un segundo más. - ¿Entonces porque mierdas llegaste tarde si sabías que era nuestro aniversario? -

En vez de responder, Helena se tomó la libertad de sacar de su cartera una cajetilla de Marlboro y encender un cigarrillo. Javier permanecía a su lado, inmóvil como una estatua esperando una explicación.

- El Mago Peláez -.

- ¿El que? -

- El Mago Peláez. - Helena miraba las nubes de humo que salían de su boca como si en ellas se dibujaran las figuras del pasado. - ¿Alguna vez oíste hablar de él? -

- Sí, claro. Pero por la facultad de derecho afortunadamente jamás se solía aparecía el loco de mierda ese. -

- Bueno, yo no lo había visto en años. Se aparecía mucho por la facultad de música cuando yo aun era una estudiante. La mecánica del asunto era que uno le contaba... -

Javier se le adelantó a Helena con cierto arremedo en su voz.

- Uno le contaba un problema y él a cambio hacía un truco de magia, dependiendo de la gravedad del problema, la calidad o dificultad del truco. -

Helena se quedó algo sorprendida con la memoria de su novio y con cierta intriga se acercó para interrogarle sin perder de vista sus ojos, como si la verdadera respuesta estuviera ahí y no en las palabras cualesquiera.

- ¿Y tú, nunca lo intentaste? -

- ¿Estás loca? Y perder la plata de esa forma tan pendeja? No, eso son lujos que no se puede dar uno jamás y menos de estudiante.

Helena no se espero a que el humo saliera de su boca para responder con ironía:

- Bueno, pues varias de las decisiones más importantes de mi vida las tome con la ayuda de El mago Peláez. -

- ¿Que qué? -

- Como lo oyes. -

Después vino un hondo silencio. Helena caminó hasta un cenicero para apagar su cigarrillo. Javier permaneció ahí enfrente a la ventana, observando a los transeúntes ir y venir con su mente agotada por tantos pensamientos. Cuando volvió en sí, Helena estaba a su lado, haciendo lo mismo que él, o sea contemplando la calle sin hacer nada.

- ¿Y? - Preguntó Javier sin dejar de mirar la calle.

- ¿Y qué? - Respondió ella sin voltearse.

- ¿Funcionó el mago? -

- Aun no lo sé. - Respondió Helena en voz baja.

- ¿Y hoy... porque era tan importante la magia de Peláez? -

- No era que fuera importante... La nostalgia, supongo... -

Otra vez el silencio. Se quedaron mirando la calle sin decir nada como por unos cinco minutos, hasta que comenzaron a oír el sonido de miles de pasos sobre sus cabezas. La función había terminado y prontamente una multitud bajo las escaleras para conglomerarse frente a las puertas del teatro. Javier y Helena observaron a una mujer venir de la calle para quitar el cerrojo. La pareja

salió empujada por la multitud. Sin poder detenerse, Javier alcanzó a lanzarle un grito a la de las llaves.

- Señora... ¿Sabe usted a donde está el administrador? -

- Ya se fue, me imagino que para la casa. - Respondió la mujer sin darle ningún interés adicional al porque de la pregunta.

Helena y Javier caminaron calle abajo hasta llegar a la séptima, y sin ningún motivo aparente siguieron caminando hacia el norte. Después de unas cuatro o cinco cuadras, aprovecharon que la buseta adecuada se parqueó frente a ellos en un semáforo, y se montaron. Todo esto, sin decir una sola palabra. Cuando iban por la cincuenta, comenzó a llover otra vez, un diluvio universal. Helena se agarró con fuerza del brazo de Javier, y recostó la cabeza en el hombro de su novio y cerró los ojos. Él le acarició su cabello una y otra vez, mientras observaba las calles pasar; La gente en medio de la lluvia, algunos buscando en donde guarecerse, otros pocos resignados a la lavada. Una inexplicable sensación de bienestar inundó todo su cuerpo.

A la altura de la setenta y dos, a Javier se le vino a la mente la imagen de un posible encuentro entre el viejo desempleado de los tiquetes y El Mago Peláez: Sería en medio del frío de la noche, en una esquina mojada de La Caracas; al ver la el rostro cansado del viejo, Peláez se acercaría con su habitual propuesta; después de

pensarlo un poco, el viejo rebuscaría una moneda en los bolsillos de su pantalón raído, y no por pendejo ni porque pensará que este aparecido de verdad le iba a solucionar alguno de sus problemas. No. Si el viejo le iba a dar lo que le quedaba de su dinero al

magó Peláez, sería solo, y solo, para comprobar que no hay truco alguno que pueda igualar los fracasos de su vida.

F í n.

TRAICIÓN

por Dama Imelba de Eslalla

-No quiero ser pesado, no te llamo para pedirte nada, coge el teléfono, sé que estás ahí, por favor, cógelo.

En la habitación un ligero suspiro se rebelaba en la noche callada. Para la voz tras el contestador solo un intenso silencio.

-Isabel... cariño -la voz sonó dulce y delicada, cariñosa, melosa...- vamos, será solo un momento. Soy Izan...

-Ya lo sabía -murmuró apenas sin oírse- Izan, imbécil, ya lo sabía... - Cómo no reconocer su voz entre dulce y alejada, lamentablemente inconfundible para sus oídos.

Acurrucada en el suelo se cubrió la cara con sus manos y las empapó de lágrimas, sollozando triste y confusa.

-Se una buena chica y contéstame, tenemos que hablar. Solo déjame decirte una cosa y no te molesto más, será solo un momento, ¡pero coge el maldito teléfono!, joder.... - esta vez la voz sonó fría y alterada.-

Isabel sintió un escalofrío, la mirada de Izan cruzó su mente, un recuerdo muy intenso, sus labios, sus

manos, su cuerpo... Un sentimiento amargo trajo a su mente la palabra "traición".

Apretó la mandíbula con fuerza y sacudió la cabeza intentando librarse de sus pensamientos. La voz seguía resonando en la habitación, inundando cada espacio, cada rincón, anegando cada resquicio con su voz. Isabel estiró una mano, palpó a tientas en medio de la oscuridad y agarró una maceta emplazada cerca de ella.

-Isabel... por favor...

-¡Déjame en paz! -Lanzó la maceta hacia el contestador, ambos se estamparon contra el suelo quedando esparcidas pequeñas piezas de teléfono mezcladas entre la tierra.

-Déjame en paz -Lloriqueó, un gimoteo lastimero y aterrador- déjame.

La voz dejó de sonar pero Isabel parecía estar aún escuchándola en su mente zumbar y repetirse como un eco incansable. El mismo eco repetitivo y pesado que la había estado perturbando días anteriores.

Llevaba varios días sin el contacto del mundo exterior, encerrada bajo el mismo techo y acurrucada en el mismo rincón que la semana pasada cuando regresó a casa acongojada. Todo era decepción, con cada segundo nacía una inmensa desolación en su interior. Perdió las ganas de comer, de dormir, de hablar, solo podía llorar, expulsar al exterior toda la rabia que sentía en aquel momento, un momento que se le antojaba eterno. Y es que si moría de hambre, de sueño o de sufrimiento nadie lo sentiría, incluso era posible que se enterasen de su muerte tiempo después, cuando el hedor de su cuerpo sin vida se hiciera insoportable en el pequeño apartamento.

Isabel no tenía a nadie que pudiera ayudarla o que supiera lo que la acaecía. Se marchó de casa a los diecisiete años y emprendió una vida en declive.

Se había visto en grandes apuros en los que debió enormes cantidades de dinero, robó por comer y por conseguir un techo en el que dormir, trabajó como prostituta en barrios infames, expuesta a millones de peligros, por último, a sus veintidós años, había conseguido gracias a Izan, persona de la que se había enamorado y a quien debía tanto, dejar la droga hacía casi dos años.

Él le dijo que la quería, que la amaba con locura, le había dado un techo, comida, la había sacado de aquella ciudad en la que todos la conocían y poseía una vil reputación.

Se mudó con ella a un lugar en el que nadie sabía de su oscuro pasado, le enseñó modales, la trató como nunca antes nadie la había tratado. La hizo sentirse persona, por primera vez.

Conoció a Izan una mañana al despertar en una camilla de hospital, él la observaba detalladamente.

Cuando Isabel despertó aquel día se encontró con sus ojos grises mirándola tan atentamente que la sobresaltaron, él sonrió.

-Tranquila, ya estás bien -y a ella le pareció un sueño, se enamoró de él en aquel mismo instante. No hizo falta más. Los médicos le explicaron que aquel chico la había encontrado hacía un par de noches en medio de la calle con una sobredosis de heroína, la vio casi muerta y eso le asustó, no esperó un segundo y avisó a una ambulancia, ahora por fin despertaba sana y salva. Cuando salió del hospital Izan le prometió que la ayudaría, la internó en un centro para toxicómanos y la visitó cada día, brindándola de regalos, sonrisas y caricias. Comenzaron un noviazgo que ya duraba casi dos años. Por eso la única persona que podía notar su ausencia era él.

El teléfono portátil de Isabel sonó rompiendo el mutismo de la noche varios minutos después del percance ocurrido con el contestador. Isabel se sobrecogió, se levantó despacio, débil y ojerosa. Ojeó la pequeña pantallita del portátil, y allí junto al número de

teléfono estaba el nombre de Izan. Sintió sus brazos y sus piernas muy pesadas, le faltaban fuerzas casi para mantenerse en pie, la cabeza le daba vueltas y el sueño acumulado de toda la semana acabaría pronto con ella. Se derrumbó abatida en el suelo y lloró con desesperación manteniendo el pequeño teléfono entre sus manos.

Lo dejó sonar unos segundos más, después secó su cara y suspiró un par de veces. Pensó en Izan con todas sus fuerzas, esta vez hablaría con él.

-Hola....Izan...

-¡Isabel!, ¿se puede saber qué haces?¿por qué no contestas al teléfono?, me tienes preocupado.

-Izan...-Susurró- no estoy en casa, por eso no he podido contestar.

-Pero ¿y ayer? Te llamé constantemente ¿dónde has estado esta semana? regresé ayer a Madrid, volví a casa y la puerta estaba cerrada desde dentro, ¿por qué no me abriste?

-Pues....he estado ocupada...me encontré con una amiga de la infancia y pasé en su casa estos días, me sentía muy sola...

-Isabel...¿no me estarás ocultando nada, no? -Aquellas palabras evocaron en su mente un recuerdo, el fruto de todo lo que estaba ocurriendo y de nuevo la palabra "traición" se posó en su mente, ilícita.

Él trabajaba como actor, aunque no era muy conocido por los medios de comunicación, ganaba bastante dinero. Era por su trabajo por lo que viajaba con gran frecuencia, era costumbre que ella lo acompañara, pero aquella vez no fue así, Isabel se quedó en casa porque no se encontraba bien y le prometió que lo acompañaría la semana siguiente. El sábado tenía su última prueba para una película que prometía ser una gran inversión., si superaba esa prueba viajaría de inmediato para comenzar con el rodaje, si no lo conseguía, volvería a casa con sus maletas y se marcharía de esa ciudad con Isabel para siempre.

Aquel sábado de octubre Izan besó a su novia y salió del apartamento muy nervioso.

Después de media hora Isabel se percató de que Izan había olvidado el pasaporte en el buró. Sin pensarlo un segundo cogió el visado y se dirigió hacia el estudio donde hacían las pruebas, lugar del que ya le había hablado su compañero millones de veces.

Al llegar a la calle donde se encontraba el estudio, dobló la esquina y se detuvo en seco ante lo que vio, viró con parsimonia su cuerpo, volviendo tras la esquina de la que había venido, escondida allí, asomó sus grandes ojos curiosos. Su asombro era inmenso; Izan tenía cogida de la mano a una joven bastante atractiva y aderezada, con su otra mano acariciaba su mejilla, ella

sonreía, después ambos se acercaron y sus labios se fundieron en un intenso beso.

Isabel prefirió no intervenir y regresó a su casa destrozada, sin saber qué le diría cuando regresara por su pasaporte, pero para su sorpresa él no regresó. Un par de días después, recibió sus llamadas a las que no contestó. Se quedó estática en un rincón pensando que había perdido lo único que tenía, lo único que le había sucedido bueno en la vida.

Una brisa helada acarició su cuerpo haciéndola salir del recuerdo de su desdicha.

-No...no te oculto nada -Objetó.

-Al final no me dieron los resultados de la prueba, aun los estoy esperando, dijeron que era una decisión difícil y que se lo querían tomar con calma. Te llamé al día siguiente para decirte que aprovecharía para hacerle una visita mi madre, ¿te enteraste de eso?.

Sé que ella no te agrada porque nunca te trató bien, pero tengo que ir a verla de vez en cuando, es mi madre. ¿Es ese el motivo por el que no me contestas?

-No Izan, es por lo que te he dicho, estuve fuera de casa. Eso no me molesta. Es tu madre y lo entiendo.

-Vale, cariño, voy de camino, llegaré en quince minutos. Procura

estar allí para cuando llegue, tengo ganas de verte.

-Izan

-Dime Isabel.

-Te quiero.

-Yo también te quiero.

Isabel soltó el teléfono sobre el sofá:

-Unos días con tu madre....que excusa tan estúpida, estarás ahora con esa mujer...-su tono de voz quedaba envuelto en un velo despectivo que la situaba en contra de alguien de quien jamás pensó que estaría.

Se quedó perpleja, como transportada a cualquier otro lugar.

-Eso ya no me importa... no... me importa -vaciló.

Recogió la maceta y el contestador, colocando una por una las piezas sueltas, por suerte ninguna estaba rota, solo desencajadas. Las colocó en su sitio y después se duchó y arregló para estar brillante.

-Ya sé qué haremos....

Isabel se sentó en el sofá a esperar, finalmente se quedó dormida. Fueron los cálidos labios de Izan los que la despertaron al posarse en su mejilla.

-Hola cariño. Siento mi retraso, había mucho tráfico.

Ella simuló una sonrisa.

-No importa, habrá merecido la espera.

Cenaron, charlaron un rato y bailaron, a él se le veía muy feliz, apremiándola todo el tiempo sin saber que hacer para captar su atención.

-Estás muy delgada y muy pálida, ¿no has dormido?, tienes unas ojeras enormes, ¿te encuentras mal?

-Estoy muy bien -sonrió-. No creo que me abandonaras por otra mujer solo por unas simples ojeras, porque esté mas delgada o esté pálida. No lo harías, ¿verdad?

Izan exhaló unas fuertes carcajadas:

-No, eso es ridículo.

-Pero sí me dejarías por alguien que no diera problemas, por alguien con un pasado limpio y que tuviera dinero y un buen porvenir.

Izan rió aún más fuerte;

-Creo que has bebido demasiado cariño.

-Es posible...-Se levantó y se dirigió a la cocina, allí abrió un cajón y sacó un objeto en el que ni si quiera fijó la vista, a continuación cogió una botella de champán y volvió al comedor con las manos escondidas tras su espalda. Él la esperaba con dos

copas en la mano, esbozando una amplia sonrisa. Posó la botella de champán sobre la mesa, Izan sirvió la bebida, saboreó tan solo una libación y se adelantó para abrazarla. Pero el abrazo fue evitado y sustituido por un beso.

-¿Que serías capaz de hacer por mí, Izan?

-Cualquier cosa.

-Júrame que siempre estaremos juntos.

-Te lo juro- susurró.

Isabel deslizó su mano derecha aun escondida tras su espalda dejando ver una pistola. Pero Izan no tuvo tiempo de reaccionar cuando la explosión atravesó su pecho y lo empujó contra el suelo. Isabel quedó de pie junto al cuerpo, callada y sin pensamientos. De pronto vio una lucecita parpadeante en el contestador, pulsó un pequeño botoncito y una voz de mujer muy excitada inundó la habitación:

-¡Izan!, no te lo vas a creer, ¡hemos conseguido el papel de la película!, ¡el papel es nuestro!, y ¿sabes qué?, ¿recuerdas en la última prueba, la escena que rodamos en la calle?, la escena del beso, al director le ha encantado, aparecerá seguro en la película.

Estoy muy emocionada, voy a ir a celebrarlo esta noche con mi novio, nos vemos. ¡Ah!, otra cosa, tu madre

me ha llamado, dice que te dejaste en su casa el anillo que le has comprado a Isabel, no sé donde tienes la cabeza, a este caso no te casarás con ella. Buenas noches.

....

Isabel quedó perpleja, alzó su mano y apuntó a su cabeza. El viento alborotó las hojas de los árboles, aisló a la noche en la melodía del silencio, roto por un segundo disparo y la caída de su cuerpo.

MI QUERIDO ANGEL DE LA GUARDA

Por los Comendadores del señorío de Zalaya i Maiurca

Hacía seis meses que Roberto Medrano carrilaba sin rumbo. Añoraba la buena comida y la buena música. Entre cartón y cartón de vino comía algún bocadillo. De noche dormía en una boca de metro encima de una manta vieja; de día, mendigaba unas horas detrás de un letrero escrito:

"NO TENGO TRABAJO.
ALLUDEME A MANTENER A
MIS IJOS".

Fue un 24 de Abril durante el paseo repetido cada año entre los tenderetes alfombrados con libros. Roberto hubiera querido verse allí, fotografiado en alguna contraportada. A sus treinta y cinco años ser escritor era el único deseo, fiel e inalterable, que le acompañaba desde la adolescencia. Este sueño le había condicionado a oponer como conserje de noche en el campo santo municipal. Pensó que entre la paz de los muertos y la quietud de las lápidas nacería su inspiración; pero no había ocurrido así. Trabajar entre huesos y cadáveres putrefactos, vivir la noche en aquel paraje desolado en el que la paz se transformaba en silencio no había resultado ser un buen refugio para las musas. Roberto dejaba transcurrir las noches sentado en el

despachito, frente a la ventana, la mirada perdida, la libreta abierta; hasta que, al amanecer, los mirlos le desperezaban de su embobamiento. En este momento, cuando los trinos le indicaban que el tiempo terminaba, dirigía la vista hacia el cuaderno de anillas plagado de borrones y le sobrecogía una sensación de inquietud devastadora que le oprimía el pecho. Aquella tibia mañana, rodeado de los sueños de otros, decidió dar el paso.

En cuanto volvió Lola del trabajo, precedido de un solemne "tenemos que hablar, le soltó su frase repetida durante toda la jornada.

- Escribir no admite infidelidades. Viviremos de tu sueldo y de lo que yo gane.

- Mi sueldo no nos basta. ¿Estas seguro?.

- Si, respondió.

- Entonces no hablemos más, ya nos arreglaremos.

Ciento ochenta días fueron suficientes para comprobar que la compasión es un sentimiento tan tenue como fugaz. En este lapso de

tiempo sus amigos pasaron a ser "odiados conocidos" que apresuraban el paso para evitar el sablazo.- Y lo de Lola fue otra historia. Pronto la comprensión dio paso al reproche. A los tres meses dejó de animarle en su incesante envío de manuscritos, relatos y entrevistas a editores y periódicos. Fue el tiempo necesario para sentirse cansada de comprobar que el buzón seguía tan vacío como la nevera. Una madrugada, unos golpecitos en la espalda y la voz de Lola, -"tengo que decirte algo"-, fue el prelude al -"sólo piensas en ti"-, para terminar con una sentencia escrita por él decenas de veces: -"Me he enamorado de otro hombre"-. Fue una escueta conversación para un resultado tan inesperado como predecible.

Desde hacía ya seis meses Roberto vivía entre los sin techo, con ellos sentía la sensación de libertad de los que no tienen que demostrar nada y compartía su afición por los tetrabriks.

Se fijó en ella, sentada al fondo del bar, sin apoyar la espalda, el ceño fruncido, una pierna balanceándose levemente encima de la otra. Rondaba esta edad en la que los natalicios ya no son efemérides, pero aún era guapa. Observó el vuelo de su mano cadenciosa posar el cigarrillo en sus labios trémulos, una inspiración profunda; y como luego, espiraba el humo contra el cristal. Calzaba zapato plano. Su falda negra descansaba encima de una rodilla suave, jersey azul de cuello alto, el pelo lacio y

rubio, la mirada lejana. De tanto en tanto acunaba la taza de café entre sus manos y sorbía lentamente. La siguió observando cuando sacó la billetera del bolso y cómo, sin esperar la vuelta, cruzó el bar entre la gente con prisas.- Decidió seguirla. Adriana no había acelerado el paso por el incesante txirimiri; quería cerciorarse, mirar atrás. Estaba harta. Imaginó otra vez sus brazos convertidos en parapetos. Pensó que incluso el miedo no soporta la rutina... y que el miedo repetido es peor que la muerte. Durante un breve instante confundió furia con valentía y se dio la vuelta. Apenas veinticinco pasos la separaban del hombre que se acercaba con el gesto crispado y los puños cerrados. Su mente volvió a vaciarse de contenido para llenarse de miedo. Revivió con la lucidez que otorga la agonía que un día lo amó. Un espejismo que soportó hasta la tercera paliza. Fue sintiendo cómo el amor, poco a poco, era apisonado por el miedo.

Tomó la decisión después de una larga pelea, tras la novena vez en que se fue de casa dando zanjado el asunto con un portazo. Ella, al regresar, le hizo saber que había presentado la demanda de separación en el juzgado.

- ¡Te arrepentirás!. La había amenazado Carlos.

Y estaba cumpliendo su promesa. Aparecía de súbito, en cualquier esquina. Una vez sintió la punta fría de un cuchillo en el cuello.

Sus pasos aceleraron el ritmo. Sentía cada vez más fuerte, más cerca, el taconeo de su perseguidor sobre la acera desierta. Un golpe seco en la espalda la hizo caer al suelo. Quedó paralizada, el sabor de la lluvia y las lagrimas sobre un cuerpo aterido y calado. Sólo pudo ver dos sombras.

Aquella noche, al regresar a casa, durmió plácida. Es cierto que comenzó el sueño repetido en las ultimas cien noches. Como ocurre en muchos sueños, éste empezaba con una persecución; pero esta noche no se despertó cuando él la estaba zarandeando ni, como en la mayoría de las veces ocurría, tampoco se despertó sudorosa cuando estaba a punto de ser arrojada por una ventana. Esta vez encontró un escondite; y la sombra de su perseguidor pasó de lado.

Adriana, a la mañana siguiente, volvió al viejo café. Estuvo sentada un rato, mirando desde su mesa el ir y venir de personas que no le eran familiares, ¿cómo reconocer aquella sombra?

Había sido un invierno de lluvias mansas, faltaba menos de un mes para la primavera. Contempló el breve paisaje, había dejado de llover y el viento había esparcido los pétalos luminosos de los cerezos alfombrando el suelo, renacían los verdes. Roberto, como cada atardecer, se sentó en el banco junto al cerezo para contar sus ganancias. La vio en el momento en que levantó el tetrabrik para beber un sorbo. Recordó su rostro desvalido,

sus ojos cerrados. No le fue difícil ser héroe por un día.

- ¡Que coño haces. Si la tocas te mato!.

- Carlos contestó asombrado: ¿Que?.

Roberto, esgrimiendo el cuchillo en la mano izquierda, le dio una oportunidad.

- Lo que has oído. ¡Suéltala!. Ordenó.

Fue una pelea breve, Carlos lanzó un puñetazo que Roberto esquivó con facilidad al tiempo que le dio un pinchazo en la mano y de un derechazo lo estampó contra la pared. Se acercó a unos centímetros de su cara lechosa y petrificada, saboreó el miedo en sus ojos:

- ¡No vuelvas acercarte a ella!. ¿Has entendido?.

- ¿Quién diablos eres?.

Dejó de apoyar el cuchillo en su cuello para darle un puñetazo en el estomago. El cuerpo se dobló en dos.

- Soy su ángel de la guarda.

Puso su mano en el hombro de la mujer que seguía en cuclillas, aterrorizada, los ojos cerrados.

- Ya ha pasado. No volverá a molestarte nunca.

Se hubiera quedado. La hubiera acompañado hasta su casa, al menos hubiera comido caliente, pero un inoportuno vómito le sobrevino de repente, delgados hilillos de saliva le colgaron de la boca y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sintió el sabor agrio del vino y el café; y vio los zapatos de ella cubiertos de bilis.- Sin decir nada más se perdió entre las sombras y los charcos.

Un día después la tenía delante, a tan sólo unos metros, caminando por el parque sin prisa, bamboleaba los brazos levemente como si fueran alas de mariposa. Atropellaron su mente frases bellas, tardes de amatista, noches de brisa loca, rostros macilentos guardando ojos fugaces... Roberto se reincorporó mientras escanciaba el último sorbo de vino. Y como cada día, se encaminó al puente de la B 43.- Los coches pasaban raudos. Apoyado en la baranda, como todas las tardes, vivió su momento de divino cinismo cuando escupió al aire con la esperanza de que el salivazo se estampará en el parabrisas de un BMW. Luego, como parte del ritual, se encaramó a la barandilla sin saber si se tiraría. Si hoy sería capaz de amar la muerte, sentirla, palparla. Estaba convencido de que allí, cerca del fin, estaban las frases buscadas. En la escalada por la baranda estaba también la aceptación de la derrota. Una parte de él le impelía a dar el paso, saltar y convertirse en lapo. De repente sintió unos brazos amarrándole las piernas y rodó sobre la acera.

-¿Qué coño haces?. Se giró, era ella.

-¡Es usted!. Ahora estoy segura. Nunca olvidaré su voz: "Soy su ángel de la guarda".

No le dio tiempo a desembarazarse. Dos transeúntes acudieron corriendo a ayudarla. Así que, sentado en el suelo apoyó la espalda en el pretil, dejó de agitar manos y piernas y esperó el desenlace.

No entró con buen pie en el psiquiátrico. A punto estuvo de darle dos sopapos al petimetre con gafas que le hacía preguntas. Pero permaneció callado mientras murmuraba frases que deberían haber sido suyas.

-¿Qué dice? Preguntaba el médico.

-Váyase a la mierda, respondía Roberto.

Antes de levantarse el medicucho cogió el rotulador negro y rodeó unas palabras: esquizofrenia paranoide, intento de autolisis.

Han pasado ya dos veces seis meses, Adriana vive sola, soñando entre lágrimas que, algún día, su loco ángel de la guarda recobrará la cordura. Roberto ha vivido un año entre labios temblorosos y miradas perdidas. Sigue ingresado, rodeado de risas y gritos, de cuerpos que se mueven en círculos, de miradas huecas, de silencios tan impúdicos como el dolor. Un tiempo suficiente

para que los nombres encerrados en círculos con rotulador negro hayan aumentado: personalidad psicopática, distímico, depresivo, lábil, menesteroso de notoriedad... Pasa las horas arrastrando los pies por el patio mientras murmura frases que dice le robaron. Añora el tetrabrik y el banco del vecino cerezo. Adriana le visita y es solícita a sus demandas. Le trae galletas y calcetines y, de tanto en tanto, alguna foto que le ha pedido. Primero le pidió la de Gabo, siguió la de Benedetti y una docena más de escritores latinoamericanos, luego los de aquí; ahora es más difícil y tiene que afinar mucho su imaginación para

saber dónde encontrará fotos de la generación beat. Él las introduce con cuidado en una bolsa de plástico. Adriana, curiosa, le ha preguntado al enfermero guapo del turno de tarde qué hace con las fotos. No sabe si creer lo que le ha dicho:

"A ultima hora, cuando la luz es crepúsculo, todos los días repite el mismo ritual; las coloca con meticulosa exactitud en el suelo, cada una de ellas ocupa invariablemente el mismo lugar para, posteriormente, entre insultos y reproches, pisotearlas y cubrirlas de escupitajos"

EL GRAN COMIC

CONDOTIERO MALASPINA

Hace mucho tiempo que no me pongo delante de la máquina de escribir. Pero los acontecimientos del otro día quizá lo justifiquen.

No es que tuviese como Dashield Hammet un montón de máquinas de escribir apiladas en los rincones, para recordar que un día fui escritor. Si no qué, más bien, tenía una vieja máquina portátil olvidada en el trastero de la casa, igual que las ganas de escribir estaban enterradas en el fondo de mi consciencia. Para sacar una y otras he tenido que remover mucha mierda.

Todo empezó hace unos años cuando quería ser escritor, y diseccionaba la realidad con el afilado escarpelo de las palabras. Observaba la vida con lo que suponía tenía que ser la distancia del artista, intentando penetrar en la psicología y las motivaciones de la gente, que se me antojaban apasionadamente complejas. Ahora sé que son decepcionantemente sencillas. Leía con ánimo de anatomista de metáforas y recursos literarios e ingenuamente intentaba labrar un estilo propio.

Mi pequeña ciudad natal empezó a quedárseme pequeña. Se parecía a un ecosistema saturado en él que la misma podredumbre se digería una y otra vez. Así que cargué con la máquina de escribir, todos mis ahorros y un montón de sueños, y me vine a la capital.

Alquilé un piso barato en las afueras. Me dediqué a escribir por las tardes y algunas noches, a salir por ahí, beber más de lo que sería decente y dormir por las mañanas. Fue precisamente durante una de mis salidas cuando la conocí. Estaba apoyado en la barra, bebiendo como un pez y observando con perplejidad toda la fauna nocturna que me rodeaba. Entonces una figura esbelta trajo el frío de la noche al interior del local. Al principio no le hice mucho caso, miraba como un guaperas intentaba ligar con una pija de buen ver, qué además parecía inteligente. Un borracho hablaba cosas sin sentido con un sufrido amigo que debía de ser la reencarnación de Gandhi. En el fondo del local una chica de aspecto hippie se hacía la interesante con un izquierdista de salón, mientras las amigas los ponían

verdes. La pija acabó yéndose con el guaperas, lo qué me hizo dudar de su inteligencia, y la hippie acataba sumisa el mitin qué le estaba dando el izquierdista, asintiendo tímidamente de vez en cuando.

Me fijé en ella cuando al acercarse a la barra el borracho intentó tocarle el culo. Se volvió con rapidez felina encarándose con él.

- ¡Anda, tonta!. Si te gusta. ¿Eh zorrita?.

Una mano voló rápidamente hacia los huevos del borracho, pellizcándolos.

- ¡Anda tontito!. Si te gusta. ¿No, cabroncete?.- dijo, parodiando su tono machista.

- Aaaaaauhg.- Fue la única respuesta qué pudo articular, y desde luego lo más inteligente que había dicho en toda la noche.

Ella se pidió un whisky con hielo, mientras el amigo Gandhi intentaba disculpar al borracho y algo más. Me quedé allí en el extremo de la barra, mirándola al tiempo que me balanceaba como si el Capitán Nemo sufriese un ataque de melancolía por el Nautilus. Tenia unos labios gruesos, del color amoratado de los ahogados y el pelo negro, lacio, le caía un poco más abajo de los hombros. Un descuidado "flequillo", formado por dos mechas, enmarcaba una cara ligeramente alargada, mientras que

una imposible raya negra almendraba la miel de sus ojos.

Me quedé mirando como la curva de su pecho se hinchaba y se deshinchaba al compás qué marcaba el aburrimiento qué le producía el Gandhi. Me fije en su culo respondón y sentí ganas de pegar al borracho qué, restablecido de su ataque agudo de dolor inguinal, intentaba disculparse él mismo.

El tiempo que tardó en desembarazarse de ellos se estiró como una goma, al igual que mi último whisky. Cuando por fin se marcharon me acerqué a la chica despacio, más por mantener el equilibrio, que por guardar el tipo.

- Bailas.- Dije - Soy escritor.

Entonces pensaba que si no ibas diciendo por ahí que eras escritor nadie se enteraría, y esa era una cosa demasiado importante como para permanecer en el anonimato.

No sé qué quiso decirme con su sonrisa, pero no debió ser nada malo, porque, para mi sorpresa, aceptó.

El acompasado movimiento de sus caderas guió a mis torpes pies a través de un laberinto de salsa.

- Espero que escribas mejor que bailas.- Me dijo mientras sonreía burlonamente.

- Es la única cosa qué hago bien tanto borracho como sobrio.

- ¿La única?.

Aquella noche fuimos a mi casa. Ella se entretuvo en leer viejos relatos míos y un cuento corto que aún estaba por terminar.

- Veamos si es verdad que escribes tan bien borracho.

Me sentó delante de la máquina y dulcemente me obligó a terminar el relato.

Aquella noche la máquina me absorbía impidiéndome desviar la atención sobre otra cosa que no fuera el folio que poco a poco se iba llenando de oscuras palabras como cagadas de mosca. El tiempo solo se medía por los vasos de whisky que generosamente me iba sirviendo. Hasta que por fin completé el cuento.

Lo miró con complacencia, leyó algunos párrafos con gestos de asentimiento y por último lo dobló y lo guardó en su bolso.

- Ahora veamos qué más sabes hacer borracho.

Me desperté al sentirla revolverse entre las sábanas.

- ¿Te marchas?- Musité medio dormido.

- ¿A ti qué te parece?.

- ¿Nos vemos mañana?.

- No. Nos veremos el Jueves que viene en el mismo bar de esta noche. Y ten preparado otro cuento.

La vi desaparecer a través del marco de la puerta y oí el lejano sonido de sus zapatos distanciándose por el pasillo más largo de mi vida. Ese sonido se perpetuó durante toda la semana, como un prelude de lo que se avecinaba.

Pasé los siete días escribiendo como un poseso. El ruido de las teclas parecía un solo de batería marcando el ritmo al que mi hígado se iba haciendo paté.

Llegué al bar a las once. No había vuelto a ir desde el jueves anterior, pero aquella noche no había pijas que observar, ni hippies, ni borrachos. Aquella noche sólo había un ansia paranormal. Un deseo sobrenatural de que ella apareciese.

Y apareció. Sobre las doce.

- Tengo una sorpresa para ti.

- ¿Qué es?- La impaciencia me atormentaba.

- Más tarde.

Se puso a bailar y Prince intentaba inútilmente acompañar la sensualidad de sus movimientos.

Aquella noche acabamos otra vez en mi casa. La sorpresa era mi propio cuento transformado en cómic. El dibujo era soberbio.

- No sabía que fueras dibujante.
- Hay muchas cosas que no sabes.
- Cuéntamelas.
- No.

No había más que hablar. Ella quería mantener la intriga y yo no tenía ganas de desvelarla. Le entregué el cuento que había escrito y la noche se cebó en nosotros. Su cuerpo y mis cuentos siguieron alimentando las noches un jueves por semana, cuatro semanas por mes, durante tres meses.

Aquel día me dijo:

- Quiero que escribas para mí la historia más hermosa jamás contada.
- Si ya lo he hecho.
- No. Todavía no. Hasta ahora no has hecho más que practicar. Quiero que escribas algo realmente hermoso. Algo digno de ser recordado. Cuando lo acabes yo estaré esperándote donde siempre.

Otra vez el sonido de sus pasos en el pasillo marcó el ritmo de mi máquina de escribir. A mi entender la historia de la silla de ruedas asesina era soberbia, aunque no menos que aquella otra de terror psicológico sobre unas braguitas de encaje. Sin embargo sabía que ella tenía razón. Siempre la tenía.

Tardé mes y medio en escribir la historia, y durante aquel periodo de tiempo los folios arrugados se empeñaban en imitar al Everest, mi cafetera no paraba de silbar y recibí un par de cartas de agradecimiento de parte de Jack Daniels en persona. No sé si había estado allí todos los jueves durante seis semanas. Pero aquel jueves estaba esperándome.

- Por fin he terminado. Tengo el relato en casa.

Su sonrisa habría podido derretir el iceberg que hundió al Titanic.

- Luego lo recogeremos.

Aquella noche tomamos una copa en cada uno de los bares de la ciudad. Fueron muchas copas y muchos bares.

Un taxi nos condujo a través de un laberinto destinado a alimentar la cuenta del taxímetro. Recuerdo haber pensado que aquel tío era un ladrón y que tendría que cantarle las cuarenta. Entonces llegamos.

La borrachera multiplicaba por tres los tramos de escalera y me costó un dolor subir los cuatro pisos.

Cuando llegamos a mi habitación me tendí en la cama. El cuento descansaba en el centro del torbellino de mi mesa de trabajo.

Cogió el montón de folios y se sentó en la cama a leerlos. Mientras leía yo me entretuve con lo único que conocía de ella a la perfección, su

cuerpo. Tres o cuatro cigarros más tarde su mano apilaba cuidadosamente la última página del relato encima de la mesita. Su sonrisa y su entrega me demostraron que no la había decepcionado. A cambio de la historia más hermosa jamás contada ella me regaló la madrugada más bella de mi vida.

A la mañana siguiente me permitió invitarla a un café en el bar de la esquina. Hacía un día soleado y las fachadas parecían sonreír a la ciudad.

- ¿Entonces te ha gustado?.

- Me ha encantado. Eres un cielo.

Me sentí como el perro que, moviendo el rabo, trae el palo correcto a su amo.

- ¿Nos vemos mañana?.

- No, por ahora tengo que trabajar en esto. No quiero que el dibujo desmerezca la historia.

Se marchó calle abajo con el sol como escolta. No volví a verla.

No apareció más por el bar, ni por el barrio, ni por mi casa, jamás el azar nos cruzó en la calle ni conocí a nadie que me pudiera decir nada de ella. Simplemente desapareció.

Durante un tiempo me sentí como un chiste de loros en una tesis doctoral, fuera de lugar. No pude volver a escribir. La máquina ya no

me seducía con su rítmico teclear. Las ideas habían abandonado los restos de mi naufragada imaginación.

Poco a poco las cosas se fueron calmando. Busqué trabajo y olvidé la idea de ser escritor. Ahora la única literatura que practico es la de los albaranes y los informes de ventas. Y he sustituido la máquina por un ordenador portátil.

Anoche no había mucha gente en el Forn. Únicamente Miguel y yo, además de una pareja sentada en el fondo del bar. Entonces entró un compañero de trabajo, creo que es el delegado de ventas, no estoy seguro porque el único trato que tengo con los vendedores es a través de sus pedidos e informes de venta.

En cierta manera me recordaba a mí, sólo que un poco más bajo y con el pelo más corto y aquella noche, mucho más borracho. Se acercó a la barra y pidió un J&B con hielo. Miguel lo miró con cara de desaprobación, mientras servía una copa más bien escasa.

-¿Qué miras?.

- Creo que ya estas bastante borracho.

- Borracho, sí, pero no lo bastante.- Hizo una pequeña pausa para beberse el whisky de un trago y prosiguió.- Hoy es el día en que desapareció. Ponme otro.

- Ya sé. Pero ya llevas mucho tiempo así.- Respondió Miguel.

- Tú no la conociste.

- ¿A quien?.- Pregunté yo.

- A una escritora qué lo abandonó hace un tiempo.- Me contestó Miguel.

- No era una escritora.- Replicó - Era "la escritora". Y ninguno de vosotros la conocisteis. Tenía el cabello negro y los ojos color miel. La conocí un sábado, en la época en qué yo quería ser dibujante de cómics.

«Sólo nos veíamos los sábados, en el mismo bar. Cada semana me traía un cuento, qué yo debía dibujar y como pago recibía la noche más maravillosa qué os podáis imaginar. Un día desapareció. Anduve como alma en pena de bar en bar, de copa en copa. Las manos me temblaban tanto que no podía ni machacármela. Pero al cabo de unas semanas la volví

a encontrar en el mismo sitio, me dijo que había estado trabajando en su obra maestra y me entregó la historia más hermosa qué jamás he leído. Una historia sobre todo aquello qué intuimos en el crepúsculo, sobre ese sentimiento qué se nos escapa pero qué nos hace seguir con vida. Me pidió que hiciera un dibujo qué no desmereciera el cuento. Tardé más de un mes, entre dominar el temblor de las manos y concebir el dibujo. Dejé que la esencia del relato me llenase, que guiara mis pasos. Y al fin obtuve mi obra maestra. Volví al bar y se la entregué. Me compensó como sólo ella sabía hacerlo. Nunca más la he vuelto a ver. Nunca más he vuelto a dibujar.»

Se bebió lo qué quedaba de la segunda copa, pagó a Miguel y se marchó. No le dije nada, tan solo me volví a casa a buscar la máquina de escribir.

FIN

EL LADRÓN DE LIBROS

(DOM PERIGNÓN DE LA MORA Y LEJA)

El ladrón de libros aprendió a leer con tres escasos años, y su maestra, revolviéndose inquieta en el sillón, decidió acompañarlo a la pequeña biblioteca infantil que con orgullo y mucho esfuerzo habían puesto en marcha en el colegio. El futuro ladrón de libros comprendió aquel día, al ver las cortinitas de diseño a-e-i-o-u y prendarse del elefante que correspondía claramente a la e, que había venido al mundo para leerlo todo, que no podía perder el tiempo, y que todos los libros del universo eran más que suyos. Aprendió aquel invierno que las golondrinas se posan en los cables eléctricos, que los chinos son amarillos y tienen una ranura en el cogote, y que no hay que aceptar las manzanas que te ofrecen las ancianas del bosque.

El primer robo se produjo durante la pubertad, leídos y releídos todos los ejemplares de la coleccioncita del elefante. Cada quince días, por entonces, acudía a su pueblo el bibliobús que enviaba el Ministerio, y él, que había invertido las vacaciones en los "Episodios Nacionales" por orden alfabético, descubrió sin querer el hormiguillo que producen los actos ilegales. Daba la casualidad de que la biblioteca

ambulante aparcaba justo enfrente del parque donde jugaban sus amigos, al lado mismo del kiosco desde donde lo estaba llamando su amigo Ramiro para que le dejara una peseta que le faltaba para las pipas, y el ladrón, con "La Odisea" involuntariamente bajo el brazo, salió corriendo hacia la calle sin sellar el préstamo, cosa que el encargado, medio lerdo y algo cegato, confiando en la buena voluntad de tan magnífico socio, ni se molestó en apuntar. Al llegar a su casa y notar el atropello, se ruborizó de tal manera que ya nunca jamás perdieron sus mejillas el colorado, hecho que le vino de perilla, porque jamás bibliotecario alguno le notó en el gesto que estaba cometiendo una tropelía semejante. Aquel día, en un primer momento, se juró que devolvería el ejemplar a la siguiente quincena, pero Homero era un tipo listo y divirtió tanto a nuestro amigo durante la lectura que aquel libro pasó a ser el primero en formar parte de su colección privada.

A aquel primer robo se sucedieron miles: uno de Marcial Lafuente Estefanía fue el siguiente, en el puesto frente a la iglesia donde una anciana amabilísima pero corta de vista cambiaba novelas y tebeos por un duro; después de ese, un tomo de la

Enciclopedia Gallach del Saber del Instituto, donde aparecía una foto de Marilyn Monroe enseñando el canalillo; a los dieciocho ya poseía una pequeña biblioteca, orgulloso en secreto de no haber comprado un libro en su vida.

El ladrón de libros se casó, después de haber hurtado a su futuro suegro una magnífica edición numerada de las obras completas de Fray Luis de León, suceso que provocó que tuviera que ocultar a su esposa e hijos durante toda la vida su secreto, pues el abuelo había jurado muerte segura si descubría al puñetero que le había birlado el regalo de su jubilación como profesor universitario.

El ladrón llevaba un cuidadoso archivo en el que iba apuntando al detalle el momento y circunstancia en que cada tomo cambiaba de dueño. La

única norma que se prometió respetar era la de no robar más de un libro en cada sitio. Y la cumplió. Y aún cumpliéndola, llegó, a la venerable edad de noventa años, a ser el poseedor de la mayor y mejor biblioteca jamás conocida, con ejemplares valorados en millones y millones de pesetas, no habiendo gastado ni una de su bolsillo y sin haber levantado jamás la menor de las sospechas.

Y en el momento de su muerte se sintió el más feliz de los mortales, pues sabía que el que tenía entre las manos era el último libro publicado el día anterior, y que no le quedaba nada por leer. Cuando llegó a la última palabra, que casual y paradójicamente era "atrapado", cerró los ojos, y sus hijos lo encontraron así, en el sillón, rodeado de libros, con el cajón de los archivos en el regazo.

Cabo de la Piedad

(Ivan Le Blanc)

Era un devoto de la pesca el Gastón. Esa tarde tuve la suerte de verlo en la casita de Sáenz Peña y Lima. Ahí donde vivía antes de partir la finada Ugarte y que sus hijos lo mandaran a rodar porque nunca estaba en casa, jugándose hasta el último centavo en las salas de Juego. Lo recuerdo como si fuera ahora. A eso de las cinco de la tarde todos los Viernes imbuido en su ceremonia, iba a la buhardilla a sacar una caja grande atiborrada de aparejos de pesca. Lo primero que se podía observar, curiosamente, era su infaltable botella de Ron, luego un sinfín de carretes con diversos espesores de nylon, anzuelos, emerillones, plumadas, cuchillas, muestras e incluso hasta los restos de alguna carnada reseca se llegaba a ver. Lo tenía casi todo el Gastón, un juego de cañas soberbio que más de uno envidió. Yo fui el único que acarició al menos una. ¡Y qué mano la del viejo! No perdonaba a ninguna criatura.

A la Ugarte no la dejaba entrar al cuarto, a sus hijos los dejaba contemplar desde el umbral de la puerta y, cuando ésta estaba cerrada, lo hacían por el agujero de la cerradura. Se los veía como babosos contemplando al Gastón cada vez que

armaba un reinal. Era un maestro, así también se la buscó. Esa tarde lo pillé haciendo un nudo de Sangre, el nylon parecía parte de sus dedos, el desdichado no permitía que resbalara nada, suavemente iba introduciendo los extremos de arriba abajo y de abajo arriba. Después sus dedos cogían los cuatro extremos con esas manos de Pulpo y tiraba hasta que el nudo se hacía casi imperceptible, por poco no había unión, por poco era perfecto. Enseguida tomaba una navaja y antes de cortar el sobrante siempre le daba dos pasadas por una pequeña piedra que usaba para afilarla, como acariciándola, suavemente de una cara y luego de la otra. Prontamente cortaba, todo con una sola mano, sostenía la navaja con el índice y el pulgar, presionando el sobrante con el pulgar hacia la navaja y para abajo mientras ésta cortaba el sedal como a manteca caliente. Luego cogía la botella de Ron y con esos dientes de caballo sacaba el corcho de un tirón e inmediatamente se chupaba un buen trago, puro, sin remordimientos. Se armaba veinte reinales al hilo, todos para dos anzuelos. El Gastón nunca anduvo con medias tintas. Proseguía empatando anzuelos, uno tras otro sin descanso, nunca supe cuantos hacía al

final pero eran un raudal. Cuánta práctica, tantos años. Las cicatrices afloraban en sus dedos. Qué cantidad de esas malditas puntas habrían entrado en su carne. Sabría seguro lo que siente un pez cuando el anzuelo lo penetra, enganchándose sin piedad. Cómo se desgarran la piel en el forcejeo, cómo gana la batalla el más astuto y no el más fuerte.

Los Sábados se iba temprano a la madrugada, como a las tres y media salía presuroso a Cabo de la Piedad. Su sitio era el de siempre, pegado a la piedra negra, esa que parece quemada, como a doce metros del agua; era un buen lugar. Desde ese punto divisaba a lo sumo un par de pescadores, a unos veinte metros de distancia uno del otro. Armaba la caña de dos cuerpos y diez pies y enroscaba el carrete a ésta. Procedía tomando la punta del nylon e iba enhebrando por cada uno de los anillos, del más grande al más pequeño, al término dejaba algo así como dos metros libres y ensartaba el emerillón que venía con el reinal a la línea principal. Se podía apreciar de abajo hacia arriba colgando, una plomada de reloj y dos ramales de anzuelos número ocho, cuyos ojos miraban fijamente al cielo azul oscuro. De ahí venía la carnada, al Gastón le encantaba pescar Corvina. Gastaba sus buenas monedas comprando Camarones y prolijo los ensartaba en los anzuelos como sólo él sabía hacerlo. Listo todo, se quedaba callado contemplando el instrumento, como rezando o suplicándole que no lo defraudara ese día, que fuera noble y, si pudiese, que

fuera parte de él. No sé que maldito conjuro ocurrió ese día, no sé que perdida suerte fue a dar a ese rincón de penas, pero el Gastón se jodió. Inició bien, como siempre, organizado y taimado empezó a tantear la jornada; hubo poca luz, fue casi escasa, ya él la conocía. Un buen sorbo de trago lo alentó a iniciar el afán. La posición fue siempre lo primero, su pie derecho bien pegado al filo de la peña con las uñas cual pajarraco aferrado a la roca, el otro detrás. El mar algo picado golpeaba la peña y vomitaba una que otra espuma al viento. Soltó el seguro del carrete y presionó el nylon con el dedo índice contra la caña, luego el instrumento hacia arriba y lentamente hacia atrás, balanceándose un poco la línea por el natural movimiento hasta que se amansó. Una vez quieta era una extensión más de brazo y caña, entonces cual medio molinete hacia delante como un todo. Soltó la presión del índice y la armada corrió hacia fuera como una fiera tras su presa. El tiro fue como de sesenta metros, ¡qué fuerza la del viejo!, yo nunca llegué a tanto. La plomada cortó el agua y descendió serena hasta las profundidades, su mano derecha movió violentamente la manija y el seguro bajó, el Gastón era zurdo. Dio un paso de retro alejándose del borde de la peña hacia su ubicación final y comenzó a templar dócilmente el sedal observando detenidamente la punta del instrumento, a la espera de una venia, a la espera del pique.

Ese día al viejo la jornada se le presentó apurada, no queriendo la

naturaleza que la luz del día sea testigo. Un tirón constante y prolongado lo sorprendió, la presa había mordido. Bajó un poco la punta de la caña y soltó la sensibilidad del freno del carrete, no fuera a ser que la perdiera por apurado. Así se mantuvo un buen tiempo, dejando que la criatura se desahogara. De rato en rato recogía un poco y pacientemente levantaba la caña con la intención de ganarle terreno, pero para su mala suerte el nylon corrió más de la cuenta y las vueltas del carrete se le hicieron interminables. Estuvo en la cantaleta una hora más, hasta que vio el reflejo de la luna en el cuerpo plateado del pez, era uno de los suyos, un hermoso ejemplar. Se movía de un lado al otro el condenado tratando de zafar, el Gastón lo tenía bien enganchado, era jodido que se fuera. Ese momento se propuso subirlo poco a poco. Mantuvo la base de la caña apoyada en su cintura, de esa manera, con mayor comodidad, iba contrarrestando la pesada carga del animal, a medida que recogía dando vueltas la manija del carrete. Conforme fue apareciendo la presa, faltando muy poco para posarla en el filo, sintió que los brazos se le desgarraban y que su cuerpo temblaba acompasadamente con los movimientos del pez. -Un poco más... un poco más- se alentaba el Gastón-. Llegó a posarla en pleno borde y presuroso antes que la criatura diera marcha atrás, tiró la caña de forma descuidada a un costado y se acercó a ella casi como para besarla, observándola con un detenimiento afectado. Se inclinó con los brazos

extendidos con el fin de arrastrarla hacia adentro, ya no pensaba y no sabía, sólo debía sacarla de ahí. La presa estaba quieta, quieto el maldito animal como esperándolo, respirando profundo, abriendo las branquias exageradamente para burlarle unos minutos al final. El momento de cogerlo el pescado en su batallar resbaló dócilmente entre las manos del Gastón, propinándole en su desplazamiento un coletazo en el rostro que lo dejó atontado y con la nariz seriamente lacerada. Ese fue el momento que partió para abajo, el piso estaba algo húmedo, con restos de una inusual alfombra de algas y, él que se tambaleaba sangrando sin piedad. Casi abrazado al pez cayó ocho metros, sólo lo detuvo el golpe de su brazo izquierdo con un saliente. El hueso se le partió en dos al igual que la roca. Su cuerpo con el impacto rebotó dando un giro lateral que lo encajó de espaldas en el agua. Totalmente floja e indefensa quedó su humanidad, flotando como recostada en los brazos del mar.

Qué habría pasado por la mente del Gastón en ese momento, qué calentura lo embargaría quedándose aferrado a la presa, como a su única casta, como a su único orgullo, hasta que el golpe los separó. Confiesan los pescadores que en la penumbra, con un tenue rayo de Luna, se podía apreciar como se alejaba ese brillo plateado, cual alma en pena, cuando a medida que avanzaba, con cierta cadencia, se tornaba más opaco hasta desaparecer cubierto de mar.

EL PERFUME DEL JAZMIN

Por: la Dama del Aguamanil de Plata

Cuando abrí la puerta cancel, el aroma intenso y dulce del jazmín del país llegó hasta mí, como siempre había ocurrido, cada verano, al llegar a la casa de la nona.

Miré el primer patio, enorme, con las baldosas coloradas cuarteadas en algún lado por el tiempo, y los macetones macizos de cemento que, como gigantescas tortugas, se alineaban contra la medianera un tanto descascarada, y se alternaban, en el lado contrario, con las persianas oscuras, que permanecían entornadas durante el día para mantener frescas las habitaciones. Las plantas de las macetas hacía ya tiempo que se habían secado y sólo quedaban sus troncos retorcidos y negros emergiendo de la tierra agrietada.

Caminé lentamente por el patio mientras sonreía al recordar que allí jugábamos a baldazos al Carnaval, en las tórridas siestas del verano rosarino, cuando yo era niña.

Llegué a la primera galería cubierta. Era un zaguán interior al que daba una de las puertas dobles del comedor; bajé el escalón y observé que el mármol estaba un poco amarillento: más tarde, cuando baldeara los patios

para resfrescarlos, lo iba a fregar con lavandina para que adquiriera aquel blanco lechoso que siempre había tenido y que dejaba ver, cada tanto, unas vetas grisáceas.

El segundo patio, grande y cuadrado, mostraba al fondo la balaustrada de mármol, con columnas iguales y panzonas, que lo separaban del tercero.

El segundo patio siempre fue mi preferido. Allí estaba el jazmín del país, que perfumaba toda la casa con su olor dulzón y acogedor. Trepaba por el muro cubierto de verdín de la derecha, y se enredaba en las vigas oscuras, de madera viejísima, que iban desde la pared hasta la segunda galería, y formaba allá arriba un blanco toldo de flores pequeñas, que dejaban ver un cielo plácido y sin nubes durante el día, y unas estrellas remotas y brillantes, en las noches cálidas y húmedas por la cercanía del Paraná.

A este patio daba la otra entrada del comedor, con su puerta de doble hoja, y la puerta verdinegra de la cocina amplia, con su ventana con rejas y postigos entornados... Y el baño grande, el que a mí me gustaba

tanto, con su piso de damero blanco y negro, sus paredes cubiertas de azulejos de un blanco casi marfil, y los sanitarios, traídos de Francia hacía ya tanto tiempo, de blanca porcelana y flores de un azul desvaído. Pasaba horas en ese baño: me sentaba en el suelo, rodeada de revistas que no leía, porque prefería dejar libre mi imaginación. Ese baño era tan grande como una pequeña casa y yo jugaba a que vivía allí. Pensaba que podía poner una hermosa cama, cerda del lavabo, un sillón con almohadones en el enorme espacio que había entre la bañera con patas de león y el inodoro, una biblioteca a continuación de la puerta, también de doble hoja, de vidrios opacos y con pequeñas florcitas de lis en relieve, y, en el medio, una mesa redonda con dos o tres sillas de alto respaldo..

Allí podría vivir sin que nadie me molestara, y cuando quisiera salir de mi refugio, afuera me esperaba el patio sombrío y perfumado por el jazminero...

En ese patio nos sentábamos por las noches con la nona, después de cenar. Apagábamos las luces y el patio quedaba tenuemente iluminado por la luna y las estrellas que brillaban altísimas en un cielo terso y transparente como el hielo. Tomábamos un refresco de frutas y hablábamos apenas un poco. No necesitábamos palabras. Era como un ritual que se repetía año tras año. Cuando fui más grande - adolescente, en realidad -, cada tanto yo encendía un cigarrillo y fumaba lentamente,

mirando el humo que se desvanecía a medida que ascendía por el aire. Antes de hacerlo por primera vez, le había preguntado a la nona si le molestaría que yo fumara (desde luego, no fumaba en mi casa). Ella contestó, simplemente, que no. Nos gustaba estar allí, juntas, en silencio, escuchando los infinitos ruidos de la noche: algún pájaro que volvía retrasado a su nido; el canto de los grillos; a veces, el sonido lejano de una música que llegaba con la brisa no sabíamos de dónde. Me producía un enorme placer la compañía de la nona. Era feliz...

Sacudí un poco la cabeza para despegarme de ese pasado que me envolvía sutilmente como el perfume de las flores blancas que temblaban por encima de mí, movidas por un suave viento. Volví a mirar a mi alrededor, buscando alguna cosa ausente. Todo estaba igual, como si el tiempo se hubiera detenido.

Avancé entonces hacia el último patio y subí el escalón en el que la balaustrada blanca terminaba en una arcada. Allí estaban las habitaciones que en un tiempo anterior a mi infancia, habían sido "de servicio", con sus puertas y ventanas cerradas; el gran piletón de cemento, y, en el fondo, como un paisaje impresionista, las manchas verdes de la palta altísima, del limonero, del floripondio con sus blancas campanas perfumadas, y un pasto, alto y brillante, donde habíamos jugado con mis primos, en los lejanos días de la niñez.

Tampoco allí estaba lo que yo buscaba. Encendí un cigarrillo y regresé hacia la casa. Entré en el comedor umbrío, ya que la luz apenas se filtraba por los postigos entornados. Allí estaba la larga mesa, rodeada de sillas de cuero bordó, a la que nos sentábamos, riendo y charlando, cuando toda la familia venía a pasar el día a casa de la nona. El biombo de tela pintada con flamencos rosados y flores de formatos extraños; los muebles de vieja caoba; el sofá grande, de brocado verde, donde la nona hacía su siesta mesurada, de veinte minutos, y la butaca de erguido respaldo, en la que se sentaba para escuchar las novelas de la tarde; los sillones cómodos y gastados en los que yo me acurrucaba para escuchar con ella, esas fascinantes historias de amor y desencuentros: todo allí estaba igual que siempre.

En casa, nadie escuchaba novelas por la radio, y quizás a mí tampoco me entusiasmaba demasiado hacerlo. Pero me encantaba compartir con ella ese mundo de media hora en el que había seres que se amaban y se odiaban; mujeres buenas perseguidas por mujeres malvadas y envidiosas; hombres perversos que se interponían entre los enamorados, que en cada capítulo parecían a punto de alcanzar la felicidad, pero que un destino implacable volvía a sumirlos en un mar de soledad y zozobras.

" Alto como un jacarandá ", " El boyerito de la cara sucia ", " Fachenzo, el maldito ", " Parado en el medio de la calle con los brazos abiertos "...

Títulos absurdos de historias absurdas que, sin embargo, nos hacían esperar ansiosamente el día siguiente para vivir por un rato esas vidas ajenas y ficticias, llenas de sufrimientos y humillaciones, pero que, inevitablemente, conducían a la felicidad. Allí, una justicia auspiciada por jabones y sastrerías, distribuía premios para los buenos y castigos para los malvados.

Después de las novelas, la nona preparaba el café con leche, con pan fresco y manteca, que ella espolvoreaba con azúcar, y yo también (sólo en casa de la nona comía pan con manteca y azúcar).

Siempre nos llevamos bien y nos entendimos; nunca necesitamos decirnos cuánto nos queríamos: ambas lo sabíamos.

Cuando años después ella enfermó definitivamente, nadie podía comprender lo que decía. Todos pensaban que pronunciaba palabras incoherentes porque su cerebro ya no funcionaba; movían la cabeza con tristeza y dejaban de escucharla porque lo que decía no tenía sentido. Sólo yo me resistía a creerlo. Cada vez que iba a Rosario para quedarme con ella unos días como cuando estaba bien, me sentaba al lado de su cama y hablábamos. Ella articulaba ciertas palabras, pero esas palabras tenían otro significado que yo trataba desesperadamente de desentrañar. Y entonces le preguntaba si esas palabras que había pronunciado querían decir " tengo hambre...o frío o calor o

miedo; quiero ver a la tía Amalia o a Víctor...", y ella decía que no con la cabeza mientras continuaba mirándome fijamente a los ojos, expectante... hasta que yo encontraba el exacto significado de lo que esos sonidos apenas articulados habían querido decir.

Y entonces ella sonreía, asentía y me apretaba muy fuerte la mano que retenía entre las suyas, arrugadas y cubiertas de manchitas marrones. Si la metáfora del lenguaje se había quebrado, podíamos inventar otras metáforas y lo hicimos y empezamos a hablar, trabajosamente, pero empezamos a hablar otra vez, como antes... Nunca habíamos necesitado hablar mucho para entendernos, y entonces tampoco...era suficiente saber que podía descifrar, con su ayuda, su nuevo y hermético código. Nos bastaban algunas palabras que ella pronunciaba en su lenguaje incomprensible y que yo traducía con paciencia, tanteando tenazmente palabras y oraciones, hasta encontrar la expresión justa que ella quería decir y no podía.

Así supe que quería su rosario para rezar como lo había hecho durante ochenta años. Aunque ahora usara un lenguaje distinto, Dios comprendería igual: después de todo, eran viejos conocidos. Supe que quería ver el retrato borroso de su hija mayor, que había muerto hacía treinta años, o que me contaba alguna historia de sus hermanos o hermanas, o que recordaba a alguno de sus otros nietos, a los que hacía tanto tiempo

que no veía, y a los que ya no volvería a ver: Alicia, Clarita, Cachilo...

Una tarde, cuando ya casi anochecía, entendí que quería que le diera mi mano. Se sacó, dificultosamente, de su dedo anular, su sortija de bodas, y la sortija de bodas que había sido de su madre, esa bisabuela italiana y un poco cruel que yo nunca había conocido, pero de la que mi madre y mis tías recordaban, a veces, alguna anécdota pintoresca y antigua, y colocó ambas alianzas en mi dedo. Sorprendida, le pregunté por qué hacía eso. Mirándome a los ojos, claramente me respondió:

- Tenélas... porque me voy a ir y quiero que las tengas vos.

- No lloré; traté de no llorar y no lo hice. Le besé las manos y las mejillas hundidas y pálidas y la abracé muy fuerte.

- No te preocupes; yo voy a estar bien - me dijo otra vez claramente, y me sonrió. Después, se quedó dormida.

Al día siguiente regresé a Buenos Aires, y quince días más tarde tuve que volver a Rosario para verla por última vez. Su voz se había apagado para siempre y la tristeza se derramaba por la casa como el perfume del jazmín...

Esta mañana, cuando bajé del ómnibus, salí de la Terminal y tomé un taxi.

- Voy hasta 25 de diciembre al 900 - le dije al chofer.

El hombre, mientras me miraba por el espejito del coche, me contestó sonriendo:

- Se ve que hace mucho que no viene por Rosario, porque hace unos cuantos años que 25 de diciembre se llama Juan Manuel de Rosas.

- Me sentí un poco desconcertada: no me molestaba que una calle de Rosario llevara el nombre de Rosas ; pero cambiarle el nombre a la calle donde estaba la casa de mi nona, ya era otra cosa!

- Bueno- respondí con una sonrisa forzada- , no importa cómo se llame ahora; allí está la casa de mi abuela...Es una casa muy antigua, colonial...

- Uh, señorita, me parece que no va a encontrarla, porque hace más de veinticinco años que demolieron las casas viejas de la zona y construyeron unos edificios-torre, de esos que parecen gallineros... Imagínese, valían mucho los terrenos, estaban en pleno centro,,a una cuadra del Monumento...

Por supuesto, no le creí; no pensé que mintiera, sino que se equivocaba de casas. Cuando llegamos a destino, pagué el viaje y descendí del taxi que se alejó lentamente. Me di vuelta, resueltamente crucé la calle y me paré frente a la enorme puerta de doble

hoja de madera marrón oscuro y pomos y llamador de bronce, un poco opacos, que tan bien conocía...

Por eso hoy, cuando abrí la puerta cancel después de veinticinco años, no me sorprendió el aroma del jazmín que me invadía lentamente.

Recorrí los patios en los que alguna vez fui feliz y entré en la casa, donde todo estaba igual, sabiendo que allí, en algún lugar, también estaría ella

Después de un rato de revivir recuerdos, abandoné el comedor, crucé tres dormitorios y llegué a su cuarto. Allí estaban las imágenes de santos y de vírgenes que siempre la habían acompañado, y ese cuadro, donde Jesús muestra a los hombres su corazón desnudo.

Me senté en una silla, al lado de su cama, como siempre.

- ¿ Por qué estás tan triste? - me preguntó su voz.

- Porque la vida es tan difícil, nona - le respondí, y agregué: - Estoy muy cansada y quiero quedarme aquí, donde los días son plácidos y las noches serenas y el cielo tiene la transparencia del hielo; donde los ruidos de la ciudad que está afuera, acechando, no llegan, y uno sólo escucha los rumores extraños de la noche o el silencio virgen e intacto... Aquí, donde los personajes de las novelas sufren y lloran; viven

tormentosas pasiones y desencuentros,
pero al final encuentran el camino,
hallan el lugar definitivo, y pueden ser
felices para siempre...

- Querida - me contestó - si éste
es tu lugar definitivo y éste es tu
momento, podés quedarte.

Y me tiende su mano, arrugada y
cubierta de manchitas marrones, que
toma la mía y amorosamente la
acaricia, Tiene la tibieza de una
paloma, y una serenidad profunda y
desconocida me invade lentamente,
como el blanco y dulce perfume del
jasmín del país se expande por la casa.

SI MEZCLÁS LICORES, TE MORÍS

Por: El caballero de la espada de fuego

A Alejandro Dolina, por infinitas razones de admiración y gratitud.

Como todas las mañanas, se levantó muy cansada: odiaba ese maldito despertador. Semidormida, permitió que sus pies la llevaran hasta el baño. Con los ojos aún cerrados, tomó el cepillo de dientes y depositó en él una excesiva cantidad de pasta dentífrica, luego de oprimir el tubo justamente en el medio, donde las paredes ya casi se tocaban interiormente, confiriéndole un extraño aspecto camélido.

Se lavó los dientes y luego la cara. Con los párpados apretados, manoteó una toalla y, mientras su rostro emergía de entre los pliegues de la tela absorbente, abrió los ojos y se miró en el espejo.

Quedó bastante sorprendida: sus ojos eran marrones.

Dejó la toalla en el borde del lavabo, bajó nuevamente los párpados y sacudió con suavidad la cabeza, como para ahuyentar el último espejismo del sueño. Cuando volvió a mirarse, sus ojos, azules durante treinta y nueve años, seguían

mostrando ahora, tan campantes, el tono castaño que unos minutos antes les había visto.

Este asombroso descubrimiento, cedió, rápidamente, paso a otro mayor efectuado en el mismo instante, cuando su mirada descendió un poco en la imagen del rostro que le devolvía el espejo, de los ojos a la boca. Siempre había tenido una boca grande, de labios gruesos, que se abría en generosa sonrisa, pero que ahora había sido reemplazada por una boca pequeña, de labios un tanto finos que se alzaban en las comisuras, otorgándole a la sonrisa un aire irónico y giocondesco.

Estaba atónita. Sin embargo, pensó razonablemente "debo estar dormida todavía".

-Nenaa, el desayuno está listo - gritó una voz desde la cocina.

-Ya voy -contestó mecánicamente- y apoyó su mano en el picaporte.

En esa postura quedó inmovilizada, porque recordó con espanto que hacía años que vivía sola.

Sin decidirse a abrir la puerta, trató de ordenar un poco sus ideas: "Debe ser el cansancio por la mudanza", pensó intentando convencerse. "Seguro que es la voz de la vecina del departamento de al lado". Después de todo, los departamentos modernos, con esas paredes finitas como tabiques de papel, no favorecen la privacidad de sus ocupantes.

Resueltamente salió del baño y se dirigió a la cocina. Estaba todavía un poco preocupada, pero se sintió reconfortada al pensar que había hecho bien en vender el viejo departamento de San Cristóbal y comprar éste, más moderno, en Caballito.

Cuando entró a la cocina, lo primero que vio fue una señora de unos sesenta años que colocaba el plato de tostadas sobre la mesa preparada para desayunar. La mujer se volvió hacia ella y le recriminó en tono comprensivo:

-¡Qué cosa, Alcira!. Te quedás dos horas en el baño y después te quejás porque llegás tarde al trabajo...

Alicia quedó petrificada. Su mirada, sin comprender, iba desde la mesa con el desayuno listo, a la desconocida mujer que le hablaba con toda naturalidad. Sin recobrase del todo, pudo al fin tartamudear:

-
Discúlpeme...pe...pero...Ud...Yo ...Ud...¿Quién es usted??... Yo ..., yo...no la conozco y...y...y... además, no me llamo Alcira...

Sin inmutarse y mientras colocaba sobre la mesa, frente al lugar que debía ocupar Alicia, una taza humeante de té con leche, la mujer se volvió hacia ella y con una sonrisa condescendiente, respondió:

-Muy bien; no sé si te levantaste con ganas de bromear o es sólo el efecto de todo lo que tomaron anoche para festejar tu mudanza... Yo soy, desde el once de agosto de mil novecientos cincuenta y cinco, Elena, tu mamá. Y te llamás Alcira porque ése era el nombre de tu abuela... ¿Conforme?... Ahora sentáte ahí y tomá el desayuno, porque se te va a hacer más tarde que nunca...

Sin saber muy bien por qué, Alicia se sentó sin apartar los ojos de la mujer.. Estaba completamente aturdida. Aspiró profundamente, juntó fuerzas, y replicó:

-Ud. disculpe, señora, pero mi nombre es Alicia y mi mamá se llamaba Juliana y nunca tuve una abuela que se llamara Alcira... Me mudé hace tres días y no sé quién es usted...

Elena, mientras se acomodaba en la silla, la miró preocupada:

-¡Ay, nena! -exclamó- , si esto es una broma, no me parece graciosa. Toda la vida vivimos juntas, y desde que naciste, te llamás Alcira...¿Qué te pasa, querida?...¿Te sentís mal?...

Alicia percibió el tono de sincera preocupación de la mujer. Se sentía muy cansada, no tenía fuerzas para explicarle que...¿Qué le iba a explicar? ¿Qué podía explicarle?, si tampoco ella comprendía qué estaba ocurriendo. Sorbió un trago de té con leche y vio, escurriéndose sobre la mesada de la cocina, los vasos y platos que habían usado la noche anterior cuando, con un grupo de amigas, celebraron su mudanza al nuevo departamento de Caballito.

-¿Quién lavó todo eso? - casi gritó, como si, absurdamente, en medio de tantos interrogantes sin respuestas, esa pregunta tuviera una importancia capital.

Elena la miró, todavía con un gesto de preocupada incertidumbre en su rostro y, con voz que procuraba disimular con el tono irónico, la inquietud que la dominaba, contestó:

-¿Quién te parece que pudo haberlo hecho? ...¿Perkins, quizás?

Sin ganas, Alicia sonrió. Se levantó de la mesa , fue al living, se puso el abrigo, tomó la cartera y echó una última mirada a su rostro en el espejo : allí seguían sus nuevos ojos marrones, su sonrisa pequeña de labios finos y, ahora, para completar su metamorfosis, una melena de

lacios cabellos castaños había sustituido a la mata de pelo rubio que siempre había tenido.

Contuvo el aliento; abrió la puerta del departamento y, sin saber por qué le dijo "adiós" a la mujer que en la cocina estaba lavando las tazas del desayuno.

-Hasta luego, querida -le contestó cariñosamente Elena.

Mientras bajaba en el ascensor, preguntándose qué tendría que tomar para ir hasta su trabajo, que tampoco sabía muy bien dónde quedaba ni en qué consistía, inesperadamente Alicia recordó un antiquísimo libro, agotado desde hacía mucho tiempo, en el que un cronista de nombre Alejandro Dolina, había recopilado minuciosamente extrañas historias del Barrio de Flores, que involucraban también a otras barriadas, generalmente hostiles. Como una paradoja, vino a su memoria la Organización "Amigos del Olvido", con sede en Caballito, "que propugnaba la abolición del recuerdo, según dicen, porque duele" (*)

También paradójicamente, recordó que esta cofradía había descubierto, en épocas remotas, el "Licor del Olvido", al que los Hombres Sensibles de Flores trataron de contrarrestar con la destilación del "Vino del Recuerdo". Vagamente creyó rememorar que el cronista advertía acerca de los peligros de mezclar ambas pócimas, porque su entrevero era mortal...

Cuando salió del ascensor, Alicia no sólo había olvidado todo esto, sino también su nombre y el motivo por el cual se dirigía apresuradamente hacia la parada del colectivo, de modo que cambió el rumbo y caminó hacia la entrada del Subterráneo, perdiéndose en las profundidades de la tierra...

En ese mismo instante, en el barrio de San Cristóbal, una Alcira desconcertada comprobaba ante el espejo del baño del departamento al que acababan de mudarse, que sus ojos de color café, se habían tornado azules y que una mata de pelo rubio y

rebelde había sustituido a su lánguida cabellera castaña.

Aterrorizada, salió corriendo del baño y gritó:

-¡Mamá, mirá, mamá! ...

Pero fue en vano; nadie le respondió porque en el departamento sólo estaba ella.

(*) Dolina, Alejandro. Crónicas del Ángel Gris. Buenos Aires, Ediciones de la Urraca, no se indica fecha de edición. , p.45.

- EL SOUVENIR -

LEONÍS DE ESMIRNA

Había traído aquella vasija de Grecia, donde habían ido de viaje de novios. Era una vasija cerrada, oscura, de cerámica ligera, decorada con unas grecas en rojo y negro, y con una leyenda semioculta escrita con caracteres griegos en la parte trasera. Desde el primer día él se había apropiado de ella, y desde que estrenaron la casa, la vasija reposaba en un rincón de su estudio. No le gustaba que nadie la moviera de allí, ni siquiera a la hora de limpiar el polvo de la habitación. "Ya la limpio yo" -decía.

En realidad, no le gustaba que nadie tocara ni hurgara en sus cosas, y se enfurecía si encontraba algo fuera de lugar al llegar del trabajo. Ella le intentaba explicar la necesidad y las bondades de la limpieza, mientras le recordaba que ácaros somos y en ácaros nos hemos de convertir, y que si no ponía remedio se levantaría un día convertido en escarabajo, como Kafka. Y mientras lo decía le miraba, furiosa y encendida, y su belleza casi irreal se volvía luminosa hasta el punto de lograr derretir el brío y el orgullo de su marido y transformarlo en el beso más fogoso de la tarde.

- No te enfades.

- No me enfado.

- Pues entonces déjame hacerlo a mi manera.

Y ella le dejaba. Y la vasija reposaba intacta en el mismo rincón desde hacía quince años.

La tomó en sus manos y la acarició, con la mirada perdida, mientras su pensamiento retrocedía en el tiempo y volvía a lugares y momentos que creía olvidados: el primer encuentro en casa de unos amigos, el primer beso a escondidas en el portal, y el segundo y el tercero, y la urgencia y el amor precipitado de la primera vez, en la casa paterna de él, huyendo del hermano mayor que no quería ni oír hablar de una posible relación entre ambos. Incluso llegó a prohibirle expresamente que la metiera en casa. Ella nunca supo comprender el por qué de semejante ojeriza, pero su cuñado finalmente acabó cediendo, sobre todo cuando se dio cuenta de que la situación era irreversible y que acabaría en boda. Una boda a la que, por supuesto, no acudió porque se había ido a vivir a una ciudad del norte, donde había

encontrado trabajo en unos astilleros. Las últimas noticias que tenía de él era que sobrevivía a la cirrosis y a un matrimonio fracasado trabajando como artesano en un pueblo de montaña.

Miró el reloj de pared. Eran más de las doce y media y él aún no había llegado. Una sensación de desazón le recorrió todo el cuerpo y le obligó a cruzarse la pequeña chaqueta de punto que cubría un ligero y veraniego vestido en tonos verdes. Hacía tiempo que él se retrasaba a la hora de llegar del trabajo, y empezaba a estar preocupada. Al principio no le daba importancia, porque él siempre llamaba y avisaba de la tardanza. Pero su intuición y su malicia natural hacían crecer en ella desde hacía un tiempo inseguridades y sospechas al respecto estas demoras.

- Mamá... ¿me dejas tu móvil un momento?

La hija de catorce años acababa de asomar por la puerta del estudio, vestida con una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto su último gran tesoro: un pequeño tatuaje indescifrable entre el hombro y el cuello que le había costado una auténtica batalla social y familiar.

- ¿Pero tú no estabas estudiando?

La miró con una mezcla de amor, orgullo y envidia sana: su única hija era hermosa, cada vez más. Todos decían que se parecía a ella, que también había sido muy guapa, y que

aún lo era, aunque los años, que hasta ahora la habían mantenido al margen de sus mudanzas, empezaban a no perdonarle tampoco a ella.

- Es que tengo que llamar a un amigo para preguntarle una cosa...

- ¿A estas horas..?

- Anda, mami...

- Cógelo, está en mi bolso. O no, espera...

Pero ella no la oyó. Al hacer el gesto para salir tras ella había dejado la vasija sobre la mesa. Al volver a tomarla para colocarla en su sitio se dio cuenta de que la tapa de la vasija había cedido, y que la esquina de un papel asomaba por debajo.

Algo le decía que no debía leerlo. Que no debía abrirlo. Le había prometido a su marido que no lo haría y le había asegurado mil veces que no le gustaba hurgar en las cosas ajenas, pero la curiosidad esta vez tiraba de ella con fuerza. Quizá porque venía precedida por las sospechas de los últimos meses. Quizá porque, inconscientemente, buscaba la causa de su desazón por algún lugar de su despacho. Lentamente retiró el resto de la tapa, que él había sellado por dos sitios con lacre rojo, con la excusa de que así no se movería. El lacre saltó. Mañana la sellaría de nuevo.

- ¡Ya lo tengo! - oyó a lo lejos la voz satisfecha de su hija que volvía a encerrarse en su habitación.

No había solo un papel. Había varios. Con la sangre picándole por los brazos y las piernas de la curiosidad, fue leyendo uno por uno. Eran papeles del banco, algunos de fecha reciente. Quizá ella esperaba haber encontrado alguna carta de amor oculta, una servilleta con una dirección, o un teléfono, alguna prueba que confirmase sus sospechas y sus temores. Unos temores que según iba leyendo aquellos papeles le parecían nimios, ridículos, absurdos, al lado de la sensación de vértigo que empezaba a apoderarse de su estómago, a la vez que se le desbocaba el corazón y se sentía morir. Las manos le temblaban, mientras su ojos intentaban descifrar aquellos números y su mente intentaba abrirse paso entre sinrazones sociales de bingos y casinos. Con los ojos llenos de lágrimas, leía

"... y proceder al embargo del inmueble y todos los bienes gananciales..."

Sintió un empujón, y un fuerte dolor en el hombro mientras le arrebatában los papeles. La vasija cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

- Te dije que no la abrieras, Pandora...

Ya nadie podría volver a leer aquella leyenda semioculta escrita con caracteres griegos en la parte trasera:

[Indignado Zeus por el engaño que había sufrido por parte de Prometeo, decidió vengarse de la raza humana. Encargó a Hefesto que modelase con arcilla una figura de mujer a imagen de las diosas. Atenea vistió esa figura, las Gracias la enjoraron, las Horas la cubrieron de flores, Afrodita le dio su belleza y, por último, Hermes le confirió la maldad y la falta de inteligencia. Hecha la obra, Zeus insufló vida a la figura, a quien puso por nombre Pandora, y la envió como regalo a Epimeteo. Pese a que Prometeo -a quien Zeus había hecho encadenar en el monte Cáucaso donde todas las mañanas una águila le roía el hígado, que volvía a crecer durante la noche- había ordenado a su hermano que no aceptara ningún presente de Zeus, Epimeteo, ofuscado por la belleza de Pandora, no le obedeció y se casó con ella. Al poco tiempo tuvieron una hija: Pirra. Cuenta Hesíodo que Prometeo había logrado capturar todos los males y los había encerrado en una vasija, pero que la funesta Pandora, llena de curiosidad por saber qué contenía la vasija que su marido le había prohibido abrir, quitó la tapadera, saliéndose entonces todos los males y esparciéndose por la tierra. Sólo quedó dentro la esperanza, que, con sus consejos falaces y sus pobres consuelos, les impide suicidarse...]